

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR LICENCIADO RAUL NORIEGA ANTE EL MONUMENTO DE LA BOMBILLA, EL 17 DE JULIO-DE 1956, EN EL XXVIII ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL SEÑOR GENERAL ALVARO OBREGON.

Señor Presidente de la República.
 Señor Jefe del Departamento del Distrito Federal.
 Señores Miembros del Gabinete,
 Señor Presidente de la Asociación Cívica Gral. Alvaro Obregón
 Señoras y Señores:

El Pueblo se encumbra en las horas de decisión, cuando el peligro de perder el legado de los ancestros gravita como una amenaza ineluctable; cuando el solar patrio sufre el zarpazo de un invasor; también se alerta al estallar un supremo conflicto de intereses públicos, o los anhelos dolorosamente obtenidos están en riesgo de convertirse en botín de aquellos a quienes se creyó definitivamente anquilados.

Al cristalizar la desesperación, ante el pavor de una catástrofe, el Pueblo vuelve el rostro hacia la Historia para oír la voz del pasado; una voz sobrenatural que se expresa con la fuerza de un supremo y misterioso mandato y se hace escuchar en el callado recogimiento del gabinete de estudio, en la cátedra, en las tribunas parlamentarias y periodísticas, o en el campo de batalla, siempre a través de un superhombre, superhombre cuya semilla está en todos: en el joven príncipe que asume sin esperanza de triunfo la defensa de su raza; en el párroco anciano que abandona una vida tranquila para arrojar al torbellino de la insurgencia; en el humilde minero que incendia las puertas de la Alhóndiga y abre así el camino a la Libertad; en el estudioso que arriesga una posición penosamente labrada y concentra su sabiduría en una frase que es todo un desafío a la Dictadura y dice: "El Pueblo tiene hambre y sed de justicia"; frase determinante, como aquella otra que define una conducta continental frente a las últimas tentativas decadentes del imperialismo europeo: "Ahora o nunca".

Es ese mismo grado de pensamiento y acción superhumanas, el que impulsa a aquella muchacha, amante de flores y pájaros, que en Puebla, una mañana de noviembre acarrea un parque y dispara el rifle contra los esbirros del porfirato.

Y es ese mismo sentido de decisión el que inspira al soldado de un ejército del pueblo, al que la metralla alcanza un brazo en Celaya, en la línea de fuego, porque pa

ra EL, un él con mayúsculas, en ese momento, su presencia - en la trinchera tiene idéntico valor que la de cualquiera - de los hombres a su mando en el ímpetu mortal de alcanzar - la victoria.

x x x

La vida de México, hasta hace unos cuantos lustros integrada por una interminable sucesión de crisis y conflictos, en un largo proceso de liberación popular contra miserias y tiranías, es espléndidamente fecunda en mujeres y -- hombres ejemplares. Cada capítulo de nuestra Historia, impreciso con las marcas sombrías del drama y de la tragedia, se ilumina al paso de figuras insignes; y de allí, quizá, la -- cristalización de México como una Patria imposible ante las adversidades, que avanza siempre, contra los obstáculos que se oponen a su destino, con la firmeza de quien sabe que los ha vencido y ha de vencerlos en lo futuro.

Cada uno de esos mexicanos ilustres, señala rutas de superación o de sacrificio, las únicas mediante las cuales -- pueden ser consolidadas las aspiraciones colectivas.

Es en ese aquilatar de pensamientos y acciones en el que el culto a los hijos ilustres de la Patria define los -- rasgos esenciales de nuestro Pueblo, ya que, con la devoción de ese culto, él refleja sus propios ideales y su carácter. Por ello, honrar a los mexicanos que se han distinguido en -- las Ciencias, las Artes, o las Armas, es honrar a México y fortalecernos nosotros mismos.

x x x

Obregón es una de nuestras más insignes y ejemplares figuras.

En esta tribuna se ha levantado el pedestal de su -- gloria para que unos pocos días, y aún horas después, algunos se afanen en los amaños caprichosos de una contabilidad de restas y divisiones. Pero no es éste, el ataque a la figura de Obregón, el único caso.

El mito de Penélope es el mito que ha pretendido hacerse realidad en la tarea destructiva que contra el culto -- cívico de las grandes figuras nacionales, desde hace años, se ha emprendido en nuestro país.

Ninguna de las grandes personalidades de la Independencia, la Reforma y la Revolución escapa de sufrir el deshacer de sus méritos. Creadoras de la nacionalidad, hay quienes ante ellas y ante la realidad constructiva y positiva de México, cierran los ojos y lucubran que todo sería mejor, no

para México, sino para ellos, si México permaneciera aprisionado aún en el cepo del coloniaje o estuviera oprimido bajo un trono ornado con blasones extranjeros.

Y ello, porque del mismo modo que en toda colectividad hay sujetos que son agentes de perversión moral, hay quienes, en la vida pública, al servicio de oscuros intereses, maniobran para intoxicar el culto cívico, hasta en los banquillos de las escuelas, pretendiendo debilitar y dividir al Pueblo y así, adueñarse de los destinos de la Patria para unirlos, por prejuicios, resentimientos o ambiciones inconscientes, a imperios espirituales o materiales, ajenos en lo absoluto a los intereses genuinos y tradicionales de nuestro Pueblo y de nuestra nacionalidad.

x x x

La personalidad de Obregón tipifica la del mexicano revolucionario, más la supera cuando llega a instantes en que se convierte en creador de Historia.

Aquí ha desfilado la aventura extraordinaria de la vida del soldado invicto y del estadista clarividente, entre los marcos sugestivos de la anécdota y del episodio inolvidable, y aquí también han sido valorados sus hechos.

No interesa analizar las opiniones contradictorias, engendradas en el prejuicio que nace del odio personal.

Tampoco comporta ningún resultado positivo el enjuiciamiento que de Obregón hacen los que ocultando su actitud partidarista, bajo un manto académico, adoptan premisas acomodadas a su particular concepción teorizante, ya que éstos son de aquellos que sólo conocen lo que es política por el decir de Aristóteles y por el de todos los que después, sin haber sido políticos jamás, han seguido escribiendo libros sobre el arte del manejo de los hombres y la conducción del Estado.

Los hechos y las figuras históricas han de juzgarse en función de las circunstancias precisas que los rodearon, y no desde la perspectiva de falsos axiomas ni mediante los artilugios de una lógica indigna de ese nombre.

No es el caso de plantear una defensa de la personalidad de Obregón, ya que ni él ni las figuras de la Insurgencia, la Reforma y la Revolución la necesitan, porque quienes las atacan son incapaces de acreditar estatura y prestigio suficientes que imponga la urgencia de establecer tal defensa, y porque el Pueblo, supremo juez, ya ha dictado su veredicto.

La obra de Obregón, como militar y como estadista, está valorada ya, no por opiniones, sino por los hechos mismos

y sus resultados. El, con otros varones extraordinarios, contribuyó a edificar toda una escuela renovadora de pensamiento y de realizaciones, escuela que aun se proyecta hasta el presente.

x x x

La generación de mexicanos a la que pertenezco, fué testigo del apasionado capítulo de la Revolución armada. A ella tocó contemplar, y muchas veces sufrir en su propia carne, el choque de las ideas y de los hombres que surgían de la hoguera provocada por la magna hecatombe.

Y de esta mi generación, en la euforia de la fe que toda reforma social crea, correspondió a los jóvenes campesinos recibir los primeros ejidos y sostener su posesión bajo las mirillas de los 30 - 30, y tocó a los jóvenes obreros aprender todo un nuevo vocabulario sin el cual era imposible entender la organización sindical, y la táctica de lucha necesaria para protegerse con la legislación del trabajo. Y fué destino de unos y otros combatir contra las guardias blancas, último reducto de la perfidia y la codicia.

Aquellos que éramos estudiantes, con ojos de asombro, vimos el nacer de un México nuevo. Un México auténticamente mexicano, sinceramente elocuente en la voz de los maestros, en las páginas de los diarios y de los libros, en los trazos de las pinturas murales, en la melodía y la letra de las canciones, y lo que era la suma de todo, en nuestra alma, el sentido integral de nuestra valía como Pueblo y como Nación, sin complejos de inferioridad hacia el exterior y sin prejuicios raciales ni discriminatorios en lo interno.

Sentíamos como surgía el País, aun dentro de nosotros mismos, liberados de la servidumbre impuesta por ideas y sistemas extraños a nuestro propio modo de ser; liberados de fórmulas conformadas para la conservación de un orden económico y social favorable al privilegio de una pequeña casta, cuyo único y triste orgullo fué el mantenimiento de una larga e infecunda paz.

Nuestra Patria se despojaba de las galas y los afeites artificiosos e inútiles con que la intelectualidad de los científicos había cubierto su piel morena.... Nuevos y esplendentes horizontes en el amanecer que siguió a una larga, lóbrega noche.

Más no todo era euforia. Presiones internas y externas se conjuraban para que los principios esenciales de la Constitución de 17 fueran emasculados, ya que, así como en 1810, México es el primer País de nuestro continente que por Decreto de Hidalgo libera a los esclavos, es la nuestra de 1917, la primera Constitución del mundo que establece -

20

las garantías sociales que protegen a los trabajadores y, -
además, reivindica los derechos de la Nación sobre las ri-
quezas del subsuelo y norma la tenencia de la tierra para -
beneficio de la gran familia rural.

En aquellos años, en que el liberalismo sufría la in-
terpretación unilateral de quienes, como individuos, empre-
sas o gobiernos entendían que la libertad era su exclusivo
patrimonio y la negaban a hombres y nacional según su árbi-
trio, el contenido redentorista de nuestra Constitución era
un peligroso ejemplo contra lo que se consideraba un orden-
mundial, política y económicamente sagrado.

Y correspondió a Obregón conjurar la maniobra que -
amenazaba toda la nueva arquitectura jurídica y social a -
tanto costo levantada, y estabilizar, con visión de estadis-
ta, las relaciones exteriores sin mengua de las realizacio-
nes revolucionarias.

El nacer del México nuevo..... Es un ayer tan cerca
no. Casi hoy mismo. Porque sigue naciendo.

Entonces, cuántos titubeos, cuántas experiencias fa-
llidas, cuántas escisiones estériles. Más todo en la ebulli-
ción creadora de nuevos estilos de política y nuevos méto-
dos de gobierno.

Nada del derrumbe de la administración de Díaz era
aprovechable. Había que improvisar y organizar saliendo al
paso de los acontecimientos.

Los periódicos de aquellos tiempos dan la crónica -
viva de esa etapa, en que los sueños ante las fogatas de -
los vivacs tocaban las fronteras de la frustración al con-
frontar magnas realidades sociales y económicas hundidas -
en ciénegas de décadas y siglos, bajo las cuales yacía el -
espíritu constructor del Pueblo mismo, que apenas había tem-
plado por primera vez sus fuerzas, desde el aniquilamiento
de la Conquista, con el triunfo de las armas de la Repúbli-
ca que culminó en un cuadro de ejecución en el Cerro de las
Campanas.

x x x

Para muchos de mi generación, equidistantes de los
agrupamientos militares y partidaristas de la Revolución en
armas, no hay problema de balance de personalidades.

Aprendimos a aceptarlas en sus méritos por cuanto -
de positivo hay en ellas, sin el pecado de la idealización,
y a explicarnos, dentro de la mecánica misma de los aconte-
cimientos, sus virtudes y defectos, sus aciertos y equivocac-
iones.

Aprendimos también que la Revolución Mexicana no es ni será nunca, una pluralidad de intereses, sino un solo interés, el de nuestro Pueblo, y que, quienes por codicia de poder o resentimientos personales, han tratado de desviarla o fragmentarla, aunque hayan militado en la Revolución, jamás han sido revolucionarios.

Y aprendimos que la Revolución Mexicana, por los principios que norman su dinámica de acción, por las instituciones que ha creado, como síntesis que es del pensamiento y de la voluntad populares; como instrumento para salvaguardar la integridad de la Patria, y vigorizar la independencia económica y la justicia social instituida por ella a través del sindicato y el ejido, no recibirá, como no ha recibido lesión alguna, por parte de quienes la niegan o la traicionan, mientras el pueblo de México la quiera y crea en ella.

x x x

Ahora, pasados los años, cuando la República es un inmenso taller y un gigantesco campo de cultivo, podemos advertir, desde la perspectiva del tiempo, que si la Revolución fué hecha con el valor personal de los que a ella se consagraron, sus enemigos, en cambio, para no arriesgar nada, utilizaron mercenarios, renegados y débiles mentales, y advertimos cómo, luego de vencidos en la lucha, han utilizado, maculándolos, dos nobles instrumentos de cultura, la imprenta y la escuela, y cómo, además, han empleado el arma sutil del análisis sofisticado, la interpretación distorsionada, la caricatura gráfica y verbal que llega a tocar los límites de lo abyecto, para desbaratar, ya no uno de los más hermosos capítulos de nuestra historia, sino de todas las historias políticas de todo el mundo contemporáneo.

Día a día, a pesar de quienes así proceden, México se integra con más altos perfiles, y más vigorosos alientos. Sin embargo, hemos de permanecer alerta.

El día de mañana, como hoy, nuestra bandera ondeará a media asta. La Nación recuerda la muerte del Benemérito de las Américas. Las dos fechas se hermanan en un mismo luto.

De él, de Juárez, el centinela del pensamiento liberal mexicano, es esta frase que debe permanecer presente, hoy y siempre, para todos los que trabajan por el progreso espiritual y material de México, porque es eternamente válida.

El restaurador de la República dijo en un manifiesto, a su vuelta a la capital, luego de aniquilado el Imperio:

"Debemos felicitar a la Nación, porque después de un largo período de encarnizada lucha para establecer nuestras libres instituciones y afirmar nuestra independencia, podemos ya consagrarnos tranquilamente a la reorganización y mejoramiento de nuestra sociedad.

Sin embargo, --advierte el Benemérito--, no debemos -- confiar ciegamente en que esas instituciones y la paz están del todo aseguradas: existen aún latentes los elementos que las pueden destruir; los partidarios del retroceso y de los abusos, acechan la oportunidad para restablecer su antiguo-predominio y es preciso redoblar nuestros trabajos y nuestra vigilancia, para contrariar y destruir sus tendencias -- antipatrióticas".

En paralelo con esta frase de Juárez, entre el enorme legado de Cbregón, podemos escoger dos lecciones:

Al concluir su mandato como Presidente de la República, al despedirse del Cuerpo Diplomático, explica a los representantes extranjeros por qué la solución de los problemas de un mundo sangrante, después de la Primera Gran -- Guerra, radica en la aplicación de las fórmulas de justicia social de nuestra Revolución. Los acontecimientos han demostrado cuán exacta fué su serena y oportuna advertencia, ya que la Carta de las Naciones Unidas, el documento internacional más importante de nuestra época, en las prescripciones más humanas que contiene, coincide con las ideas que abanderan nuestro movimiento de reforma social.

La segunda lección está implícita en el sacrificio de aquel a quien estamos rindiendo homenaje. Ella muestra -- que el crimen político es estéril, porque las ideas jamás -- pueden ser asesinadas.

x x x

Hoy, en nuestros días, el mundo se encuentra en crisis por la pugna doctrinal y militar de las potencias, pugna que al estallar con la utilización de las armas atómicas hundiría a la Humanidad en los abismos de otra Edad Media. Ante perspectiva tan sombría, nuestros ojos se vuelven hacia las generaciones de mexicanos que habrán de substituirnos.

A los jóvenes corresponde proteger la supervivencia de la Nación, igual que lo hicieron aquellos, que siendo -- niños sucumbieron en Chapultepec, alcanzando el grado supremo del heroísmo.

Más la supervivencia que anhelamos no requiere hielos caustos de sangre, sino esfuerzo tenaz y creador en los la-

boratorios, en las fábricas y en los campos, en la ciencia y en la técnica; esfuerzo tenaz y creador del saber y del trabajo, hecho no sólo con la inteligencia, porque falta de generosidad sería estéril, sino con el corazón, para lograr lo que Obregón señaló en uno de sus últimos discursos como gran tarea del futuro;

"Proseguir la obra de los revolucionarios desaparecidos, buscar el bienestar que ellos anhelaron para la colectividad, buscar un mayor reajuste social entre las diversas clases que integran la familia mexicana".

Si quienes habrán de substituirnos, así lo hicieren seguirán la recta trayectoria de los creadores de la Independencia y de la Reforma, la trayectoria de los realizadores de la Revolución ayer y hoy.

Y es ésta la única consigna, la suprema consigna de México para que la Patria sobreviva; para que no la hieran de muerte si en otras latitudes persisten en el error de destruirse los unos a los otros;

"Proseguir la obra de los Revolucionarios desaparecidos".

México, D.F. a 17 de julio de 1956

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR LICENCIADO RAUL NORIEGA ANTE EL MONUMENTO DE LA BOMBILLA, EL 17 DE JULIO- DE 1956, EN EL XXVIII ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL SEÑOR GENERAL ALVARO OBREGON.

Señor Presidente de la República.
Señor Jefe del Departamento del Distrito Federal.
Señores Miembros del Gabinete,
Señor Presidente de la Asociación Cívica Gral. Alvaro Obregón.
Señoras y Señores:

El Pueblo se encumbra en las horas de decisión, --- cuando el peligro de perder el legado de los ancestros gra- vita como una amenaza ineluctable; cuando el solar patrio - sufre el zarpazo de un invasor; también se alerta al esta - llar un supremo conflicto de intereses públicos, o los anhe- los dolorosamente obtenidos están en riesgo de convertirse en botín de aquellos a quienes se creyó definitivamente an- quilados.

Al cristalizar la desesperación, ante el pavor de - una catástrofe, el Pueblo vuelve el rostro hacia la Histo - ria para oír la voz del pasado; una voz sobrenatural que se expresa con la fuerza de un supremo y misterioso mandato y se hace escuchar en el callado recogimiento del gabinete de estudio, en la cátedra, en las tribunas parlamentarias y pe- riodísticas, o en el campo de batalla, siempre a través de un superhombre, superhombre cuya semilla está en todos: en el joven príncipe que asume sin esperanza de triunfo la de- fensa de su raza; en el párroco anciano que abandona una vi- da tranquila para arrojarse al torbellino de la insurgencia; en el humilde minero que incendia las puertas de la Alhóndi- ga y abre así el camino a la Libertad; en el estudioso que arriesga una posición penosamente labrada y concentra su sa- biduría en una frase que es todo un desafío a la Dictadura y dice: "El Pueblo tiene hambre y sed de justicia"; frase - determinante, como aquella otra que define una conducta cor- tinal frente a las últimas tentativas decadentes del im- perialismo europeo: "Ahora o nunca".

Es ese mismo grado de pensamiento y acción superhu- manas, el que impulsa a aquella muchacha, amante de flores y pájaros, que en Puebla, una mañana de noviembre acarrea - parque y dispara el rifle contra los esbirros del porfiria- to.

Y es ese mismo sentido de decisión el que inspira al soldado de un ejército del pueblo, al que la metralla - arranca un brazo en Celaya, en la línea de fuego, porque pa-

Regil
119116

ra EL, un él con mayúsculas, en ese momento, su presencia en la trinchera tiene idéntico valor que la de cualquiera de los hombres a su mando en el ímpetu mortal de alcanzar la victoria.

x x x

La vida de México, hasta hace unos cuantos lustros integrada por una interminable sucesión de crisis y conflictos, en un largo proceso de liberación popular contra miserias y tiranías, es espléndidamente fecunda en mujeres y hombres ejemplares. Cada capítulo de nuestra Historia, impreso con las marcas sombrías del drama y de la tragedia, se ilumina al paso de figuras insignes; y de allí, quizá, la cristalización de México como una Patria imposible ante las adversidades, que avanza siempre, contra los obstáculos que se oponen a su destino, con la firmeza de quien sabe que los ha vencido y ha de vencerlos en lo futuro.

Cada uno de esos mexicanos ilustres, señala rutas de superación o de sacrificio, las únicas mediante las cuales pueden ser consolidadas las aspiraciones colectivas.

Es en ese aquilatar de pensamientos y acciones en el que el culto a los hijos ilustres de la Patria define los rasgos esenciales de nuestro Pueblo, ya que, con la devoción de ese culto, él refleja sus propios ideales y su carácter. Por ello, honrar a los mexicanos que se han distinguido en las Ciencias, las Artes, o las Armas, es honrar a México y fortalecernos nosotros mismos.

x x x

Obregón es una de nuestras más insignes y ejemplares figuras.

En esta tribuna se ha levantado el pedestal de su gloria para que unos pocos días, y aún horas después, algunos se afanen en los amaños caprichosos de una contabilidad de restas y divisiones. Pero no es éste, el ataque a la figura de Obregón, el único caso.

El mito de Penélope es el mito que ha pretendido hacerse realidad en la tarea destructiva que contra el culto cívico de las grandes figuras nacionales, desde hace años, se ha emprendido en nuestro país.

Ninguna de las grandes personalidades de la Independencia, la Reforma y la Revolución escapa de sufrir el deshacer de sus méritos. Creadoras de la nacionalidad, hay quienes ante ellas y ante la realidad constructiva y positiva de México, cierran los ojos y lucubran que todo sería mejor, no

para México, sino para ellos, si México permaneciera aprisionado aún en el cepo del coloniaje o estuviera oprimido bajo un trono ornado con blasones extranjeros.

Y ello, porque del mismo modo que en toda colectividad hay sujetos que son agentes de perversión moral, hay --- quienes, en la vida pública, al servicio de oscuros intereses, maniobran para intoxicar el culto cívico, hasta en los banquillos de las escuelas, pretendiendo debilitar y dividir al Pueblo y así, adueñarse de los destinos de la Patria para unirlos, por prejuicios, resentimientos o ambiciones inconscientes, a imperios espirituales o materiales, ajenos en lo absoluto a los intereses genuinos y tradicionales de nuestro Pueblo y de nuestra nacionalidad.

x x x

La personalidad de Obregón tipifica la del mexicano revolucionario, más la supera cuando llega a instantes en -- que se convierte en creador de Historia.

Aquí ha desfilado la aventura extraordinaria de la vida del soldado invicto y del estadista clarividente, entre los marcos sugestivos de la anécdota y del episodio inolvidable, y aquí también han sido valorados sus hechos.

No interesa analizar las opiniones contradictorias, -- engendradas en el prejuicio que nace del odio personal.

Tampoco comporta ningún resultado positivo el enjuiciamiento que de Obregón hacen los que ocultando su actitud partidarista, bajo un manto académico, adoptan premisas acomodadas a su particular concepción teorizante, ya que éstos son de aquellos que sólo conocen lo que es política por el -- decir de Aristóteles y por el de todos los que después, sin haber sido políticos jamás, han seguido escribiendo libros -- sobre el arte del manejo de los hombres y la conducción del Estado.

Los hechos y las figuras históricas han de juzgarse en función de las circunstancias precisas que los rodearon, y no desde la perspectiva de falsos axiomas ni mediante los artilugios de una lógica indigna de ese nombre.

No es el caso de plantear una defensa de la personalidad de Obregón, ya que ni él ni las figuras de la Insurgencia, la Reforma y la Revolución la necesitan, porque quienes las atacan son incapaces de acreditar estatura y prestigio -- suficientes que imponga la urgencia de establecer tal defensa, y porque el Pueblo, supremo juez, ya ha dictado su veredicto.

La obra de Obregón, como militar y como estadista, -- ta valorada ya, no por opiniones, sino por los hechos mismos

y sus resultados. El, con otros varones extraordinarios, contribuyó a edificar toda una escuela renovadora de pensamiento y de realizaciones, escuela que aun se proyecta hasta el presente.

x x x

La generación de mexicanos a la que pertenezco, fué testigo del apasionado capítulo de la Revolución armada. A ella tocó contemplar, y muchas veces sufrir en su propia carne, el choque de las ideas y de los hombres que surgirían de la hoguera provocada por la magna hecatombe.

Y de esta mi generación, en la euforia de la fe que toda reforma social crea, correspondió a los jóvenes campesinos recibir los primeros ejidos y sostener su posesión bajo las mirillas de los 30 - 30, y tocó a los jóvenes -- obreros aprender todo un nuevo vocabulario sin el cual era imposible entender la organización sindical, y la táctica de lucha necesaria para, protegerse con la legislación del trabajo. Y fué destino de unos y otros combatir contra las guardias blancas, último reducto de la perfidia y la codicia.

Aquellos que éramos estudiantes, con ojos de asombro, vimos el nacer de un México nuevo. Un México auténticamente mexicano, sinceramente elocuente en la voz de los maestros, en las páginas de los diarios y de los libros, -- en los trazos de las pinturas murales, en la melodía y la letra de las canciones, y lo que era la suma de todo, en nuestra alma, el sentido integral de nuestra valía como -- Pueblo y como Nación, sin complejos de inferioridad hacia el exterior y sin prejuicios raciales ni discriminatorios en lo interno.

Sentíamos como surgía el País, aun dentro de nosotros mismos, liberados de la servidumbre impuesta por -- ideas y sistemas extraños a nuestro propio modo de ser; liberados de fórmulas conformadas para la conservación de -- un orden económico y social favorable al privilegio de una pequeña casta, cuyo único y triste orgullo fué el mantenimiento de una larga e infecunda paz.

Nuestra Patria se despojaba de las galas y los afeites artificiosos e inútiles con que la intelectualidad de los científicos había cubierto su piel morena....Nuevos y esplendentes horizontes en el amanecer que siguió a una -- larga, lóbrega noche.

Más no todo era euforia. Presiones internas y externas se conjuraban para que los principios esenciales de la Constitución de 17 fueran emascarados, ya que, así como en 1810, México es el primer País de nuestro continente que por Decreto de Hidalgo libera a los esclavos, es la nuestra de 1917, la primera Constitución del mundo que establece

las garantías sociales que protegen a los trabajadores y, además, reivindica los derechos de la Nación sobre las riquezas del subsuelo y norma la tenencia de la tierra para beneficio de la gran familia rural.

En aquellos años, en que el liberalismo sufría la interpretación unilateral de quienes, como individuos, empresas o gobiernos entendían que la libertad era su exclusivo patrimonio y la negaban a hombres y nacional según su arbitrio, el contenido redentorista de nuestra Constitución era un peligroso ejemplo contra lo que se consideraba un orden mundial, política y económicamente sagrado.

Y correspondió a Obregón conjurar la maniobra que amenazaba toda la nueva arquitectura jurídica y social a tanto costo levantada, y estabilizar, con visión de estadista, las relaciones exteriores sin mengua de las realizaciones revolucionarias.

El nacer del México nuevo..... Es un ayer tan cercano. Casi hoy mismo. Porque sigue naciendo.

Entonces, cuántos titubeos, cuántas experiencias fallidas, cuántas escisiones estériles. Más todo en la ebullición creadora de nuevos estilos de política y nuevos métodos de gobierno.

Nada del derrumbe de la administración de Díaz era aprovechable. Había que improvisar y organizar saliendo al paso de los acontecimientos.

Los periódicos de aquellos tiempos dan la crónica viva de esa etapa, en que los sueños ante las fogatas de los vivaces tocaban las fronteras de la frustración al confrontar magnas realidades sociales y económicas hundidas en ciénegas de décadas y siglos, bajo las cuales yacía el espíritu constructor del Pueblo mismo, que apenas había templado por primera vez sus fuerzas, desde el aniquilamiento de la Conquista, con el triunfo de las armas de la República que culminó en un cuadro de ejecución en el Cerro de las Campanas.

x x x

Para muchos de mi generación, equidistantes de los agrupamientos militares y partidaristas de la Revolución en armas, no hay problema de balance de personalidades.

Aprendimos a aceptarlas en sus méritos por cuanto de positivo hay en ellas, sin el pecado de la idealización, y a explicarnos, dentro de la mecánica misma de los acontecimientos, sus virtudes y defectos, sus aciertos y equivocaciones.

Aprendimos también que la Revolución Mexicana no es ni será nunca, una pluralidad de intereses, sino un solo interés, el de nuestro Pueblo, y que, quienes por codicia de poder o resentimientos personales, han tratado de desviarla o fragmentarla, aunque hayan militado en la Revolución, jamás han sido revolucionarios.

Y aprendimos que la Revolución Mexicana, por los principios que norman su dinámica de acción, por las instituciones que ha creado, como síntesis que es del pensamiento y de la voluntad populares; como instrumento para salvaguardar la integridad de la Patria, y vigorizar la independencia económica y la justicia social instituída por ella a través del sindicato y el ejido, no recibirá, como no ha recibido lesión alguna, por parte de quienes la niegan o la traicionan, mientras el pueblo de México la quiera y crea en ella.

x x x

Ahora, pasados los años, cuando la República es un inmenso taller y un gigantesco campo de cultivo, podemos advertir, desde la perspectiva del tiempo, que si la Revolución fué hecha con el valor personal de los que a ella se consagraron, sus enemigos, en cambio, para no arriesgar nada, utilizaron mercenarios, renegados y débiles mentales, y advertimos cómo, luego de vencidos en la lucha, han utilizado, maculándolos, dos nobles instrumentos de cultura, la imprenta y la escuela, y cómo, además, han empleado el arma sutil del análisis sofisticado, la interpretación distorsionada, la caricatura gráfica y verbal que llega a tocar los límites de lo abyecto, para desbaratar, ya no uno de los más hermosos capítulos de nuestra historia, sino de todas las historias políticas de todo el mundo contemporáneo.

Día a día, a pesar de quienes así proceden, México se integra con más altos perfiles, y más vigorosos alien-tos. Sin embargo, hemos de permanecer alerta.

El día de mañana, como hoy, nuestra bandera ondeará a media asta. La Nación recuerda la muerte del Benemérito de las Américas. Las dos fechas se hermanan en un mismo luto.

De él, de Juárez, el centinela del pensamiento liberal mexicano, es esta frase que debe permanecer presente, hoy y siempre, para todos los que trabajan por el progreso espiritual y material de México, porque es eternamente válida.

El restaurador de la República dijo en un manifiesto, a su vuelta a la capital, luego de aniquilado el Imperio:

"Debemos felicitar a la Nación, porque después de un largo período de encarnizada lucha para establecer nuestras libres instituciones y afirmar nuestra independencia, podemos ya consagrarnos tranquilamente a la reorganización y mejoramiento de nuestra sociedad.

Sin embargo, -advierte el Benemérito-, no debemos - confiar ciegamente en que esas instituciones y la paz están del todo aseguradas: existen aún latentes los elementos que las pueden destruir; los partidarios del retroceso y de los abusos, acechan la oportunidad para restablecer su antiguo-predominio y es preciso redoblar nuestros trabajos y nuestra vigilancia, para contrariar y destruir sus tendencias - antipatrióticas".

En paralelo con esta frase de Juárez, entre el enorme legado de Obregón, podemos escoger dos lecciones:

Al concluir su mandato como Presidente de la República, al despedirse del Cuerpo Diplomático, explica a los representantes extranjeros por qué la solución de los problemas de un mundo sangrante, después de la Primera Gran Guerra, radica en la aplicación de las fórmulas de justicia social de nuestra Revolución. Los acontecimientos han demostrado cuán exacta fué su serena y oportuna advertencia, ya que la Carta de las Naciones Unidas, el documento internacional más importante de nuestra época, en las prescripciones más humanas que contiene, coincide con las ideas que abanderan nuestro movimiento de reforma social.

La segunda lección está implícita en el sacrificio de aquel a quien estamos rindiendo homenaje. Ella muestra que el crimen político es estéril, porque las ideas jamás pueden ser asesinadas.

x x x

Hoy, en nuestros días, el mundo se encuentra en crisis por la pugna doctrinal y militar de las potencias, pugna que al estallar con la utilización de las armas atómicas hundiría a la Humanidad en los abismos de otra Edad Media. Ante perspectiva tan sombría, nuestros ojos se vuelven hacia las generaciones de mexicanos que habrán de substituirnos.

A los jóvenes corresponde proteger la supervivencia de la Nación, igual que lo hicieron aquellos, que siendo niños sucumbieron en Chapultepec, alcanzando el grado supremo del heroísmo.

Más la supervivencia que anhelamos no requiere hacedores caustos de sangre, sino esfuerzo tenaz y creador en los la-

boratorios, en las fábricas y en los campos, en la ciencia y en la técnica; esfuerzo tenaz y creador del saber y del trabajo, hecho no sólo con la inteligencia, porque falto de generosidad sería estéril, sino con el corazón, para lograr lo que Obregón señaló en uno de sus últimos discursos como gran tarea del futuro:

"Proseguir la obra de los revolucionarios desaparecidos, buscar el bienestar que ellos anhelaron para la colectividad, buscar un mayor reajuste social entre las diversas clases que integran la familia mexicana".

Si quienes habrán de substituirnos, así lo hicieron seguirán la recta trayectoria de los creadores de la Independencia y de la Reforma, la trayectoria de los realizadores de la Revolución ayer y hoy.

Y es ésta la única consigna, la suprema consigna de México para que la Patria sobreviva; para que no la hieran de muerte si en otras latitudes persisten en el error de destruirse los unos a los otros:

"Proseguir la obra de los Revolucionarios desaparecidos".

México, D.F. a 17 de julio de 1956

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR LICENCIADO RAUL NORIEGA ANTE EL MONUMENTO DE LA BOMBILLA, EL 17 DE JULIO- DE 1956, EN EL XXVIII ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL SEÑOR GENERAL ALVARO OBREGON.

Señor Presidente de la República.
Señor Jefe del Departamento del Distrito Federal.
Señores Miembros del Gabinete,
Señor Presidente de la Asociación Cívica Gral. Alvaro Obregón
Señoras y Señores:

El Pueblo se encumbra en las horas de decisión, cuando el peligro de perder el legado de los ancestros gravita como una amenaza ineluctable; cuando el solar patrio sufre el zarpazo de un invasor; también se alerta al estallar un supremo conflicto de intereses públicos, o los anhelos dolorosamente obtenidos están en riesgo de convertirse en botín de aquellos a quienes se creyó definitivamente anquilados.

Al cristalizar la desesperación, ante el pavor de una catástrofe, el Pueblo vuelve el rostro hacia la Historia para oír la voz del pasado; una voz sobrenatural que se expresa con la fuerza de un supremo y misterioso mandato y se hace escuchar en el callado recogimiento del gabinete de estudio, en la cátedra, en las tribunas parlamentarias y periodísticas, o en el campo de batalla, siempre a través de un superhombre, superhombre cuya semilla está en todos: en el joven príncipe que asume sin esperanza de triunfo la defensa de su raza; en el párroco anciano que abandona una vida tranquila para arrojarse al torbellino de la insurgencia; en el humilde minero que incendia las puertas de la Alhóndiga y abre así el camino a la Libertad; en el estudioso que arriesga una posición penosamente labrada y concentra su sabiduría en una frase que es todo un desafío a la Dictadura y dice: "El Pueblo tiene hambre y sed de justicia"; frase determinante, como aquella otra que define una conducta continental frente a las últimas tentativas decadentes del imperialismo europeo: "Ahora o nunca".

Es ese mismo grado de pensamiento y acción superhumanas, el que impulsa a aquella muchacha, amante de flores y pájaros, que en Puebla, una mañana de noviembre acarrea un parque y dispara el rifle contra los esbirros del porfirato.

Y es ese mismo sentido de decisión el que inspira al soldado de un ejército del pueblo, al que la metralla alcanza un brazo en Celaya, en la línea de fuego, porque p...

ra EL, un él con mayúsculas, en ese momento, su presencia en la trinchera tiene idéntico valor que la de cualquiera de los hombres a su mando en el ímpetu mortal de alcanzar la victoria.

x x x

La vida de México, hasta hace unos cuantos lustros integrada por una interminable sucesión de crisis y conflictos, en un largo proceso de liberación popular contra miserias y tiranías, es espléndidamente fecunda en mujeres y hombres ejemplares. Cada capítulo de nuestra Historia, impreso con las marcas sombrías del drama y de la tragedia, se ilumina al paso de figuras insignes; y de allí, quizá, la cristalización de México como una Patria impenetrable ante las adversidades, que avanza siempre, contra los obstáculos que se oponen a su destino, con la firmeza de quien sabe que los ha vencido y ha de vencerlos en lo futuro.

Cada uno de esos mexicanos ilustres, señala rutas de superación o de sacrificio, las únicas mediante las cuales pueden ser consolidadas las aspiraciones colectivas.

Es en ese acuilatar de pensamientos y acciones en el que el culto a los hijos ilustres de la Patria define los rasgos esenciales de nuestro Pueblo, ya que, con la devoción de ese culto, él refleja sus propios ideales y su carácter. Por ello, honrar a los mexicanos que se han distinguido en las Ciencias, las Artes, o las Armas, es honrar a México y fortalecernos nosotros mismos.

x x x

Obregón es una de nuestras más insignes y ejemplares figuras.

En esta tribuna se ha levantado el pedestal de su gloria para que unos pocos días, y aún horas después, algunos se afanen en los amaños caprichosos de una contabilidad de restas y divisiones. Pero no es éste, el ataque a la figura de Obregón, el único caso.

El mito de Penélope es el mito que ha pretendido hacerse realidad en la tarea destructiva que contra el culto cívico de las grandes figuras nacionales, desde hace años, se ha emprendido en nuestro país.

Ninguna de las grandes personalidades de la Independencia, la Reforma y la Revolución escapa de sufrir el deshacer de sus méritos. Creadoras de la nacionalidad, hay quienes ante ellas y ante la realidad constructiva y positiva de México, cierran los ojos y lucubran que todo sería mejor, no

para México, sino para ellos, si México permaneciera aprisionado aún en el cepo del coloniaje o estuviera oprimido bajo un trono ornado con blasones extranjeros.

Y ello, porque del mismo modo que en toda colectividad hay sujetos que son agentes de perversión moral, hay --- quienes, en la vida pública, al servicio de oscuros intereses, maniobran para intoxicar el culto cívico, hasta en los banquillos de las escuelas, pretendiendo debilitar y dividir al Pueblo y así, adueñarse de los destinos de la Patria para unirlos, por prejuicios, resentimientos o ambiciones inconscientes, a imperios espirituales o materiales, ajenos en lo absoluto a los intereses genuinos y tradicionales de nuestro Pueblo y de nuestra nacionalidad.

x x x

La personalidad de Obregón tipifica la del mexicano revolucionario, más la supera cuando llega a instantes en -- que se convierte en creador de Historia.

Aquí ha desfilado la aventura extraordinaria de la -- vida del soldado invicto y del estadista clarividente, entre los marcos sugestivos de la anécdota y del episodio inolvidable, y aquí también han sido valorados sus hechos.

No interesa analizar las opiniones contradictorias, -- engendradas en el prejuicio que nace del odio personal.

Tampoco comporta ningún resultado positivo el enjuiciamiento que de Obregón hacen los que ocultando su actitud partidarista, bajo un manto académico, adoptan premisas acomodadas a su particular concepción teorizante, ya que éstos son de aquellos que sólo conocen lo que es política por el -- decir de Aristóteles y por el de todos los que después, sin haber sido políticos jamás, han seguido escribiendo libros -- sobre el arte del manejo de los hombres y la conducción del Estado.

Los hechos y las figuras históricas han de juzgarse en función de las circunstancias precisas que los rodearon, y no desde la perspectiva de falsos axiomas ni mediante los artilugios de una lógica indigna de ese nombre.

No es el caso de plantear una defensa de la personalidad de Obregón, ya que ni él ni las figuras de la Insurgencia, la Reforma y la Revolución la necesitan, porque quienes las atacan son incapaces de acreditar estatura y prestigio -- suficientes que imponga la urgencia de establecer tal defensa, y porque el Pueblo, supremo juez, ya ha dictado su veredicto.

La obra de Obregón, como militar y como estadista, -- ta valorada ya, no por opiniones, sino por los hechos mismos

y sus resultados. El, con otros varones extraordinarios, contribuyó a edificar toda una escuela renovadora de pensamiento y de realizaciones, escuela que aun se proyecta hasta el presente.

x x x

La generación de mexicanos a la que pertenezco, fué testigo del apasionado capítulo de la Revolución armada. A ella tocó contemplar, y muchas veces sufrir en su propia carne, el choque de las ideas y de los hombres que surgían de la hoguera provocada por la magna hecatombe.

Y de esta mi generación, en la euforia de la fe que toda reforma social crea, correspondió a los jóvenes campesinos recibir los primeros ejidos y sostener su posesión bajo las mirillas de los 30 - 30, y tocó a los jóvenes -- obreros aprender todo un nuevo vocabulario sin el cual era imposible entender la organización sindical, y la táctica de lucha necesaria para, protegerse con la legislación del trabajo. Y fué destino de unos y otros combatir contra las guardias blancas, último reducto de la perfidia y la codicia.

Aquellos que éramos estudiantes, con ojos de asombro, vimos el nacer de un México nuevo. Un México auténticamente mexicano, sinceramente elocuente en la voz de los maestros, en las páginas de los diarios y de los libros, en los trazos de las pinturas murales, en la melodía y la letra de las canciones, y lo que era la suma de todo, en nuestra alma, el sentido integral de nuestra valía como Pueblo y como Nación, sin complejos de inferioridad hacia el exterior y sin prejuicios raciales ni discriminatorios en lo interno.

Sentíamos como surgía el País, aun dentro de nosotros mismos, liberados de la servidumbre impuesta por -- ideas y sistemas extraños a nuestro propio modo de ser; liberados de fórmulas conformadas para la conservación de -- un orden económico y social favorable al privilegio de una pequeña casta, cuyo único y triste orgullo fué el mantenimiento de una larga e infecunda paz.

Nuestra Patria se despojaba de las galas y los afeites artificiosos e inútiles con que la intelectualidad de los científicos había cubierto su piel morena....Nuevos y esplendentes horizontes en el amanecer que siguió a una -- larga, lóbrega noche.

Más no todo era euforia. Presiones internas y externas se conjuraban para que los principios esenciales de la Constitución de 17 fueran emasculados, ya que, así como en 1810, México es el primer País de nuestro continente que por Decreto de Hidalgo libera a los esclavos, es la nuestra de 1917, la primera Constitución del mundo que establece .

las garantías sociales que protegen a los trabajadores y, además, reivindica los derechos de la Nación sobre las riquezas del subsuelo y norma la tenencia de la tierra para beneficio de la gran familia rural.

En aquellos años, en que el liberalismo sufría la interpretación unilateral de quienes, como individuos, empresas o gobiernos entendían que la libertad era su exclusivo patrimonio y la negaban a hombres y nacional según su arbitrio, el contenido redentorista de nuestra Constitución era un peligroso ejemplo contra lo que se consideraba un orden mundial, política y económicamente sagrado.

Y correspondió a Obregón conjurar la maniobra que amenazaba toda la nueva arquitectura jurídica y social a tanto costo levantada, y estabilizar, con visión de estadista, las relaciones exteriores sin mengua de las realizaciones revolucionarias.

El nacer del México nuevo..... Es un ayer tan cercano. Casi hoy mismo. Porque sigue naciendo.

Entonces, cuántos titubeos, cuántas experiencias fallidas, cuántas escisiones estériles. Más todo en la ebullición creadora de nuevos estilos de política y nuevos métodos de gobierno.

Nada del derrumbe de la administración de Díaz era aprovechable. Había que improvisar y organizar saliendo al paso de los acontecimientos.

Los periódicos de aquellos tiempos dan la crónica viva de esa etapa, en que los sueños ante las fogatas de los vivaces tocaban las fronteras de la frustración al confrontar magnas realidades sociales y económicas hundidas en ciénegas de décadas y siglos, bajo las cuales yacía el espíritu constructor del Pueblo mismo, que apenas había templado por primera vez sus fuerzas, desde el aniquilamiento de la Conquista, con el triunfo de las armas de la República que culminó en un cuadro de ejecución en el Cerro de las Campanas.

x x x

Para muchos de mi generación, equidistantes de los agrupamientos militares y partidaristas de la Revolución en armas, no hay problema de balance de personalidades.

Aprendimos a aceptarlas en sus méritos por cuanto de positivo hay en ellas, sin el pecado de la idealización, y a explicarnos, dentro de la mecánica misma de los acontecimientos, sus virtudes y defectos, sus aciertos y equivocaciones.

37

Aprendimos también que la Revolución Mexicana no es ni será nunca, una pluralidad de intereses, sino un solo interés, el de nuestro Pueblo, y que, quienes por codicia de poder o resentimientos personales, han tratado de desviarla o fragmentarla, aunque hayan militado en la Revolución, jamás han sido revolucionarios.

Y aprendimos que la Revolución Mexicana, por los principios que norman su dinámica de acción, por las instituciones que ha creado, como síntesis que es del pensamiento y de la voluntad populares; como instrumento para salvaguardar la integridad de la Patria, y vigorizar la independencia económica y la justicia social instituida por ella a través del sindicato y el ejido, no recibirá, como no ha recibido lesión alguna, por parte de quienes la niegan o la traicionan, mientras el pueblo de México la quiera y crea en ella.

X X X

Ahora, pasados los años, cuando la República es un inmenso taller y un gigantesco campo de cultivo, podemos advertir, desde la perspectiva del tiempo, que si la Revolución fué hecha con el valor personal de los que a ella se consagraron, sus enemigos, en cambio, para no arriesgar nada, utilizaron mercenarios, renegados y débiles mentales, y advertimos cómo, luego de vencidos en la lucha, han utilizado, maculándolos, dos nobles instrumentos de cultura, la imprenta y la escuela, y cómo, además, han empleado el arma sutil del análisis sofisticado, la interpretación distorsionada, la caricatura gráfica y verbal que llega a tocar los límites de lo abyecto, para desbaratar, ya no uno de los más hermosos capítulos de nuestra historia, sino de todas las historias políticas de todo el mundo contemporáneo.

Día a día, a pesar de quienes así proceden, México se integra con más altos perfiles, y más vigorosos alien-tos. Sin embargo, hemos de permanecer alerta.

El día de mañana, como hoy, nuestra bandera ondeará a media asta. La Nación recuerda la muerte del Benemérito de las Américas. Las dos fechas se hermanan en un mismo luto.

De él, de Juárez, el centinela del pensamiento liberal mexicano, es esta frase que debe permanecer presente, hoy y siempre, para todos los que trabajan por el progreso espiritual y material de México, porque es eternamente válida.

El restaurador de la República dijo en un manifiesto, a su vuelta a la capital, luego de aniquilado el Imperio:

"Debemos felicitar a la Nación, porque después de un largo período de encarnizada lucha para establecer nuestras libres instituciones y afirmar nuestra independencia, podemos ya consagrarnos tranquilamente a la reorganización y mejoramiento de nuestra sociedad.

Sin embargo, -advierte el Benemérito-, no debemos - confiar ciegamente en que esas instituciones y la paz están del todo aseguradas: existen aún latentes los elementos que las pueden destruir; los partidarios del retroceso y de los abusos, acechan la oportunidad para restablecer su antiguo-predominio y es preciso redoblar nuestros trabajos y nuestra vigilancia, para contrariar y destruir sus tendencias - antipatrióticas".

En paralelo con esta frase de Juárez, entre el enorme legado de Obregón, podemos escoger dos lecciones:

Al concluir su mandato como Presidente de la República, al despedirse del Cuerpo Diplomático, explique a los representantes extranjeros por qué la solución de los problemas de un mundo sangrante, después de la Primera Gran Guerra, radica en la aplicación de las fórmulas de justicia social de nuestra Revolución. Los acontecimientos han demostrado cuán exacta fué su serena y oportuna advertencia, ya que la Carta de las Naciones Unidas, el documento internacional más importante de nuestra época, en las prescripciones más humanas que contiene, coincide con las ideas que abanderan nuestro movimiento de reforma social.

La segunda lección está implícita en el sacrificio de aquel a quien estamos rindiendo homenaje. Ella muestra - que el crimen político es estéril, porque las ideas jamás - pueden ser asesinadas.

x x x

Hoy, en nuestros días, el mundo se encuentra en crisis por la pugna doctrinal y militar de las potencias, pugna que al estallar con la utilización de las armas atómicas hundiría a la Humanidad en los abismos de otra Edad Media. Ante perspectiva tan sombría, nuestros ojos se vuelven hacia las generaciones de mexicanos que habrán de substituirnos.

A los jóvenes corresponde proteger la supervivencia de la Nación, igual que lo hicieron aquellos, que siendo - niños sucumbieron en Chapultepec, alcanzando el grado supremo del heroísmo.

Más la supervivencia que anhelamos no requiere holocaustos de sangre, sino esfuerzo tenaz y creador en los la-

boratorios, en las fábricas y en los campos, en la ciencia y en la técnica; esfuerzo tenaz y creador del saber y del trabajo, hecho no sólo con la inteligencia, porque falta de generosidad sería estéril, sino con el corazón, para lograr lo que Obregón señaló en uno de sus últimos discursos como gran tarea del futuro;

"Proseguir la obra de los revolucionarios desaparecidos, buscar el bienestar que ellos anhelaron para la colectividad, buscar un mayor reajuste social entre las diversas clases que integran la familia mexicana".

Si quienes habrán de substituirnos, así lo hicieren, seguirán la recta trayectoria de los creadores de la Independencia y de la Reforma, la trayectoria de los realizadores de la Revolución ayer y hoy.

Y es ésta la única consigna, la suprema consigna de México para que la Patria sobreviva; para que no la hieran de muerte si en otras latitudes persisten en el error de destruirse los unos a los otros:

"Proseguir la obra de los Revolucionarios desaparecidos".

México, D.F. a 17 de julio de 1956

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR LICENCIADO RAUL NORIEGA ANTE EL MONUMENTO DE LA BOMBILLA, EL 17 DE JULIO- DE 1956, EN EL XXVIII ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL SEÑOR GENERAL ALVARO OBREGON.

Señor Presidente de la República.
Señor Jefe del Departamento del Distrito Federal.
Señores Miembros del Gabinete,
Señor Presidente de la Asociación Cívica Gral. Alvaro Obregón
Señoras y Señores:

El Pueblo se encumbra en las horas de decisión, cuando el peligro de perder el legado de los ancestros gravita como una amenaza ineluctable; cuando el solar patrio sufre el zarpazo de un invasor; también se alerta al estallar un supremo conflicto de intereses públicos, o los anhelos dolorosamente obtenidos están en riesgo de convertirse en botín de aquellos a quienes se creyó definitivamente anquilados.

Al cristalizar la desesperación, ante el pavor de una catástrofe, el Pueblo vuelve el rostro hacia la Historia para oír la voz del pasado; una voz sobrenatural que se expresa con la fuerza de un supremo y misterioso mandato y se hace escuchar en el callado recogimiento del gabinete de estudio, en la cátedra, en las tribunas parlamentarias y periodísticas, o en el campo de batalla, siempre a través de un superhombre, superhombre cuya semilla está en todos: en el joven príncipe que asume sin esperanza de triunfo la defensa de su raza; en el párroco anciano que abandona una vida tranquila para arrojarse al torbellino de la insurgencia; en el humilde minero que incendia las puertas de la Alhóndiga y abre así el camino a la Libertad; en el estudioso que arriesga una posición penosamente labrada y concentra su sabiduría en una frase que es todo un desafío a la Dictadura y dice: "El Pueblo tiene hambre y sed de justicia"; frase determinante, como aquella otra que define una conducta continental frente a las últimas tentativas decadentes del imperialismo europeo: "Ahora o nunca".

Es ese mismo grado de pensamiento y acción superhumanas, el que impulsa a aquella muchacha, amante de flores y pájaros, que en Puebla, una mañana de noviembre acarrea parque y dispara el rifle contra los esbirros del porfirato.

Y es ese mismo sentido de decisión el que inspira al soldado de un ejército del pueblo, al que la metralla arranca un brazo en Celaya, en la línea de fuego, porque pa

ra EL, un él con mayúsculas, en ese momento, su presencia en la trinchera tiene idéntico valor que la de cualquiera de los hombres a su mando en el ímpetu mortal de alcanzar la victoria.

x x x

La vida de México, hasta hace unos cuantos lustros integrada por una interminable sucesión de crisis y conflictos, en un largo proceso de liberación popular contra miserias y tiranías, es espléndidamente fecunda en mujeres y -- hombres ejemplares. Cada capítulo de nuestra Historia, impropio con las marcas sombrías del drama y de la tragedia, se ilumina al paso de figuras insignes; y de allí, quizá, la cristalización de México como una Patria imposible ante las adversidades, que avanza siempre, contra los obstáculos que se oponen a su destino, con la firmeza de quien sabe que los ha vencido y ha de vencerlos en lo futuro.

Cada uno de esos mexicanos ilustres, señala rutas de superación o de sacrificio, las únicas mediante las cuales pueden ser consolidadas las aspiraciones colectivas.

Es en ese aquilatar de pensamientos y acciones en el que el culto a los hijos ilustres de la Patria define los rasgos esenciales de nuestro Pueblo, ya que, con la devoción de ese culto, él refleja sus propios ideales y su carácter. Por ello, honrar a los mexicanos que se han distinguido en las Ciencias, las Artes, o las Armas, es honrar a México y fortalecernos nosotros mismos.

x x x

Obregón es una de nuestras más insignes y ejemplares figuras.

En esta tribuna se ha levantado el pedestal de su gloria para que unos pocos días, y aún horas después, algunos se afanen en los amaños caprichosos de una contabilidad de restas y divisiones. Pero no es éste, el ataque a la figura de Obregón, el único caso.

El mito de Penélope es el mito que ha pretendido hacerse realidad en la tarea destructiva que contra el culto cívico de las grandes figuras nacionales, desde hace años, se ha emprendido en nuestro país.

Ninguna de las grandes personalidades de la Independencia, la Reforma y la Revolución escapa de sufrir el deshacer de sus méritos. Creadoras de la nacionalidad, hay quienes ante ellas y ante la realidad constructiva y positiva de México, cierran los ojos y lusubran que todo sería mejor, no

para México, sino para ellos, si México permaneciera aprisionado aún en el cepo del coloniaje o estuviera oprimido bajo un trono ornado con blasones extranjeros.

Y ello, porque del mismo modo que en toda colectividad hay sujetos que son agentes de perversión moral, hay quienes, en la vida pública, al servicio de oscuros intereses, manobran para intoxicar el culto cívico, hasta en los banquillos de las escuelas, pretendiendo debilitar y dividir al Pueblo y así, adueñarse de los destinos de la Patria para unirlos, por prejuicios, resentimientos o ambiciones inconscientes, a imperios espirituales o materiales, ajenos en lo absoluto a los intereses genuinos y tradicionales de nuestro Pueblo y de nuestra nacionalidad.

x x x

La personalidad de Obregón tipifica la del mexicano revolucionario, más la supera cuando llega a instantes en que se convierte en creador de Historia.

Aquí ha desfilado la aventura extraordinaria de la vida del soldado invicto y del estadista clarividente, entre los marcos sugestivos de la anécdota y del episodio inolvidable, y aquí también han sido valorados sus hechos.

No interesa analizar las opiniones contradictorias, engendradas en el prejuicio que nace del odio personal.

Tampoco comporta ningún resultado positivo el enjuiciamiento que de Obregón hacen los que ocultando su actitud partidarista, bajo un manto académico, adoptan premisas acomodadas a su particular concepción teorizante, ya que éstos son de aquellos que sólo conocen lo que es política por el decir de Aristóteles y por el de todos los que después, sin haber sido políticos jamás, han seguido escribiendo libros sobre el arte del manejo de los hombres y la conducción del Estado.

Los hechos y las figuras históricas han de juzgarse en función de las circunstancias precisas que los rodearon, y no desde la perspectiva de falsos axiomas ni mediante los artilugios de una lógica indigna de ese nombre.

No es el caso de plantear una defensa de la personalidad de Obregón, ya que ni él ni las figuras de la Insurgencia, la Reforma y la Revolución la necesitan, porque quienes las atacan son incapaces de acreditar estatura y prestigio suficientes que imponga la urgencia de establecer tal defensa, y porque el Pueblo, supremo juez, ya ha dictado su veredicto.

La obra de Obregón, como militar y como estadista, está valorada ya, no por opiniones, sino por los hechos mismos

y sus resultados. El, con otros varones extraordinarios, contribuyó a edificar toda una escuela renovadora de pensamiento y de realizaciones, escuela que aun se proyecta hasta el presente.

x x x

La generación de mexicanos a la que pertenezco, fué testigo del apasionado capítulo de la Revolución armada. A ella tocó contemplar, y muchas veces sufrir en su propia carne, el choque de las ideas y de los hombres que surgían de la hoguera provocada por la magna hecatombe.

Y de esta mi generación, en la euforia de la fe que toda reforma social crea, correspondió a los jóvenes campesinos recibir los primeros ejidos y sostener su posesión bajo las mirillas de los 30 - 30, y tocó a los jóvenes -- obreros aprender todo un nuevo vocabulario sin el cual era imposible entender la organización sindical, y la táctica de lucha necesaria para, protegerse con la legislación del trabajo. Y fué destino de unos y otros combatir contra las guardias blancas, último reducto de la perfidia y la codicia.

Aquellos que éramos estudiantes, con ojos de asombro, vimos el nacer de un México nuevo. Un México auténticamente mexicano, sinceramente elocuente en la voz de los maestros, en las páginas de los diarios y de los libros, -- en los trazos de las pinturas murales, en la melodía y la letra de las canciones, y lo que era la suma de todo, en nuestra alma, el sentido integral de nuestra valía como -- Pueblo y como Nación, sin complejos de inferioridad hacia el exterior y sin prejuicios raciales ni discriminatorios en lo interno.

Sentíamos como surgía el País, aun dentro de nosotros mismos, liberados de la servidumbre impuesta por -- ideas y sistemas extraños a nuestro propio modo de ser; liberados de fórmulas conformadas para la conservación de -- un orden económico y social favorable al privilegio de una pequeña casta, cuyo único y triste orgullo fué el mantenimiento de una larga e infecunda paz.

Nuestra Patria se despojaba de las galas y los afeites artificiosos e inútiles con que la intelectualidad de los científicos había cubierto su piel morena....Nuevos y esplendentes horizontes en el amanecer que siguió a una -- larga, lóbrega noche.

Más no todo era euforia. Presiones internas y externas se conjuraban para que los principios esenciales de la Constitución de 17 fueran emasculados, ya que, así como en 1810, México es el primer País de nuestro continente que -- por Decreto de Hidalgo libera a los esclavos, es la nuestra de 1917, la primera Constitución del mundo que establece --

las garantías sociales que protegen a los trabajadores y, además, reivindica los derechos de la Nación sobre las riquezas del subsuelo y norma la tenencia de la tierra para beneficio de la gran familia rural.

En aquellos años, en que el liberalismo sufría la interpretación unilateral de quienes, como individuos, empresas o gobiernos entendían que la libertad era su exclusivo patrimonio y la negaban a hombres y nacional según su arbitrio, el contenido redentorista de nuestra Constitución era un peligroso ejemplo contra lo que se consideraba un orden mundial, política y económicamente sagrado.

Y correspondió a Obregón conjurar la maniobra que amenazaba toda la nueva arquitectura jurídica y social a tanto costo levantada, y estabilizar, con visión de estadista, las relaciones exteriores sin mengua de las realizaciones revolucionarias.

El nacer del México nuevo..... Es un ayer tan cercano. Casi hoy mismo. Porque sigue naciendo.

Entonces, cuántos titubeos, cuántas experiencias fallidas, cuántas escisiones estériles. Más todo en la ebullición creadora de nuevos estilos de política y nuevos métodos de gobierno.

Nada del derrumbe de la administración de Díaz era aprovechable. Había que improvisar y organizar saliendo al paso de los acontecimientos.

Los periódicos de aquellos tiempos dan la crónica viva de esa etapa, en que los sueños ante las fogatas de los vivacs tocaban las fronteras de la frustración al confrontar magnas realidades sociales y económicas hundidas en ciénegas de décadas y siglos, bajo las cuales yacía el espíritu constructor del Pueblo mismo, que apenas había templado por primera vez sus fuerzas, desde el aniquilamiento de la Conquista, con el triunfo de las armas de la República que culminó en un cuadro de ejecución en el Cerro de las Campanas.

X X X

Para muchos de mi generación, equidistantes de los agrupamientos militares y partidaristas de la Revolución en armas, no hay problema de balance de personalidades.

Aprendimos a aceptarlas en sus méritos por cuanto de positivo hay en ellas, sin el pecado de la idealización, y a explicarnos, dentro de la mecánica misma de los acontecimientos, sus virtudes y defectos, sus aciertos y equivocaciones.

- 6 -

Aprendimos también que la Revolución Mexicana no es, ni será nunca, una pluralidad de intereses, sino un solo interés, el de nuestro Pueblo, y que, quienes por codicia de poder o resentimientos personales, han tratado de desviarla o fragmentarla, aunque hayan militado en la Revolución, jamás han sido revolucionarios.

Y aprendimos que la Revolución Mexicana, por los principios que norman su dinámica de acción, por las instituciones que ha creado, como síntesis que es del pensamiento y de la voluntad populares; como instrumento para salvaguardar la integridad de la Patria, y vigorizar la independencia económica y la justicia social instituida por ella a través del sindicato y el ejido, no recibirá, como no ha recibido lesión alguna, por parte de quienes la niegan o la traicionan, mientras el pueblo de México la quiera y crea en ella.

x x x

Ahora, pasados los años, cuando la República es un inmenso taller y un gigantesco campo de cultivo, podemos advertir, desde la perspectiva del tiempo, que si la Revolución fué hecha con el valor personal de los que a ella se consagraron, sus enemigos, en cambio, para no arriesgar nada, utilizaron mercenarios, renegados y débiles mentales, y advertimos cómo, luego de vencidos en la lucha, han utilizado, maculándolos, dos nobles instrumentos de cultura, la imprenta y la escuela, y cómo, además, han empleado el arma sutil del análisis sofisticado, la interpretación distorsionada, la caricatura gráfica y verbal que llega a tocar los límites de lo abyecto, para desbaratar, ya no uno de los más hermosos capítulos de nuestra historia, sino de todas las historias políticas de todo el mundo contemporáneo.

Día a día, a pesar de quienes así proceden, México se integra con más altos perfiles, y más vigorosos alien-tos. Sin embargo, hemos de permanecer alerta.

El día de mañana, como hoy, nuestra bandera ondeará a media asta. La Nación recuerda la muerte del Benemérito de las Américas. Las dos fechas se hermanan en un mismo luto.

De él, de Juárez, el centinela del pensamiento liberal mexicano, es esta frase que debe permanecer presente, hoy y siempre, para todos los que trabajan por el progreso espiritual y material de México, porque es eternamente válida.

El restaurador de la República dijo en un manifiesto, a su vuelta a la capital, luego de aniquilado el Imperio:

"Debemos felicitar a la Nación, porque después de un largo período de encarnizada lucha para establecer nuestras libres instituciones y afirmar nuestra independencia, podemos ya consagrarnos tranquilamente a la reorganización y mejoramiento de nuestra sociedad.

Sin embargo, -advierte el Benemérito-, no debemos - confiar ciegamente en que esas instituciones y la paz están del todo aseguradas: existen aún latentes los elementos que las pueden destruir; los partidarios del retroceso y de los abusos, acechan la oportunidad para restablecer su antiguo predominio y es preciso redoblar nuestros trabajos y nuestra vigilancia, para contrariar y destruir sus tendencias - antipatrióticas".

En paralelo con esta frase de Juárez, entre el enorme legado de Obregón, podemos escoger dos lecciones:

Al concluir su mandato como Presidente de la República, al despedirse del Cuerpo Diplomático, explica a los representantes extranjeros por qué la solución de los problemas de un mundo sangrante, después de la Primera Gran Guerra, radica en la aplicación de las fórmulas de justicia social de nuestra Revolución. Los acontecimientos han demostrado cuán exacta fué su serena y oportuna advertencia, ya que la Carta de las Naciones Unidas, el documento internacional más importante de nuestra época, en las prescripciones más humanas que contiene, coincide con las ideas que abanderan nuestro movimiento de reforma social.

La segunda lección está implícita en el sacrificio de aquel a quien estamos rindiendo homenaje. Ella muestra que el crimen político es estéril, porque las ideas jamás pueden ser asesinadas.

x x x

Hoy, en nuestros días, el mundo se encuentra en crisis por la pugna doctrinal y militar de las potencias, pugna que al estallar con la utilización de las armas atómicas hundiría a la Humanidad en los abismos de otra Edad Media. Ante perspectiva tan sombría, nuestros ojos se vuelven hacia las generaciones de mexicanos que habrán de substituirnos.

A los jóvenes corresponde proteger la supervivencia de la Nación, igual que lo hicieron aquellos, que siendo niños sucumbieron en Chapultepec, alcanzando el grado supremo del heroísmo.

Más la supervivencia que anhelamos no requiere heroísmos caustos de sangre, sino esfuerzo tenaz y creador en los la-

47

boratorios, en las fábricas y en los campos, en la ciencia y en la técnica; esfuerzo tenaz y creador del saber y del trabajo; hecho no sólo con la inteligencia, porque falta de generosidad sería estéril, sino con el corazón, para lograr lo que Obregón señaló en uno de sus últimos discursos como gran tarea del futuro:

"Proseguir la obra de los revolucionarios desaparecidos, buscar el bienestar que ellos anhelaron para la colectividad, buscar un mayor reajuste social entre las diversas clases que integran la familia mexicana".

Si quienes habrán de substituirnos, así lo hicieron seguirán la recta trayectoria de los creadores de la Independencia y de la Reforma, la trayectoria de los realizadores de la Revolución ayer y hoy.

Y es ésta la única consigna, la suprema consigna de México para que la Patria sobreviva; para que no la hieran de muerte si en otras latitudes persisten en el error de destruirse los unos a los otros:

"Proseguir la obra de los Revolucionarios desaparecidos".

México, D.F. a 17 de julio de 1956

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR LICENCIADO RAUL NORIEGA ANTE EL MONUMENTO DE LA BOMBILLA, EL 17 DE JULIO- DE 1956, EN EL XXVIII ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL SEÑOR GENERAL ALVARO OBREGON.

Señor Presidente de la República.
Señor Jefe del Departamento del Distrito Federal.
Señores Miembros del Gabinete.
Señor Presidente de la Asociación Cívica Gral. Alvaro Obregón.
Señoras y Señores:

El Pueblo se encumbra en las horas de decisión, cuando el peligro de perder el legado de los ancestros gravita como una amenaza ineluctable; cuando el solar patrio sufre el zarpazo de un invasor; también se alerta al estallar un supremo conflicto de intereses públicos, o los anhelos dolorosamente obtenidos están en riesgo de convertirse en botín de aquellos a quienes se creyó definitivamente anquilados.

Al cristalizar la desesperación, ante el pavor de una catástrofe, el Pueblo vuelve el rostro hacia la Historia para oír la voz del pasado; una voz sobrenatural que se expresa con la fuerza de un supremo y misterioso mandato y se hace escuchar en el callado recogimiento del gabinete de estudio, en la cátedra, en las tribunas parlamentarias y periodísticas, o en el campo de batalla, siempre a través de un superhombre, superhombre cuya semilla está en todos: en el joven príncipe que asume sin esperanza de triunfo la defensa de su raza; en el párroco anciano que abandona una vida tranquila para arrojarse al torbellino de la insurgencia; en el humilde minero que incendia las puertas de la Alhóndiga y abre así el camino a la Libertad; en el estudioso que arriesga una posición penosamente labrada y concentra su sabiduría en una frase que es todo un desafío a la Dictadura y dice: "El Pueblo tiene hambre y sed de justicia"; frase determinante, como aquella otra que define una conducta continental frente a las últimas tentativas decadentes del imperialismo europeo: "Ahora o nunca".

Es ese mismo grado de pensamiento y acción superhumanas, el que impulsa a aquella muchacha, amante de flores y pájaros, que en Puebla, una mañana de noviembre acarrea un parque y dispara el rifle contra los esbirros del porfirato.

Y es ese mismo sentido de decisión el que inspira al soldado de un ejército del pueblo, al que la metralla alcanza un brazo en Celaya, en la línea de fuego, porque pa

ra EL, un él con mayúsculas, en ese momento, su presencia en la trinchera tiene idéntico valor que la de cualquiera de los hombres a su mando en el ímpetu mortal de alcanzar la victoria.

x x x

La vida de México, hasta hace unos cuantos lustros integrada por una interminable sucesión de crisis y conflictos, en un largo proceso de liberación popular contra miserias y tiranías, es espléndidamente fecunda en mujeres y hombres ejemplares. Cada capítulo de nuestra Historia, impreso con las marcas sombrías del drama y de la tragedia, se ilumina al paso de figuras insignes; y de allí, quizá, la cristalización de México como una Patria imposible ante las adversidades, que avanza siempre, contra los obstáculos que se oponen a su destino, con la firmeza de quien sabe que los ha vencido y ha de vencerlos en lo futuro.

Cada uno de esos mexicanos ilustres, señala rutas de superación o de sacrificio, las únicas mediante las cuales pueden ser consolidadas las aspiraciones colectivas.

Es en ese aquilatar de pensamientos y acciones en el que el culto a los hijos ilustres de la Patria define los rasgos esenciales de nuestro Pueblo, ya que, con la devoción de ese culto, él refleja sus propios ideales y su carácter. Por ello, honrar a los mexicanos que se han distinguido en las Ciencias, las Artes, o las Armas, es honrar a México y fortalecernos nosotros mismos.

x x x

Obregón es una de nuestras más insignes y ejemplares figuras.

En esta tribuna se ha levantado el pedestal de su gloria para que unos pocos días, y aún horas después, algunos se afanen en los amaños caprichosos de una contabilidad de restas y divisiones. Pero no es éste, el ataque a la figura de Obregón, el único caso.

El mito de Penélope es el mito que ha pretendido hacerse realidad en la tarea destructiva que contra el culto cívico de las grandes figuras nacionales, desde hace años, se ha emprendido en nuestro país.

Ninguna de las grandes personalidades de la Independencia, la Reforma y la Revolución escapa de sufrir el deshacer de sus méritos. Creadoras de la nacionalidad, hay quienes ante ellas y ante la realidad constructiva y positiva de México, cierran los ojos y lucubran que todo sería mejor, no

para México, sino para ellos, si México permaneciera aprisionado aún en el cepo del coloniaje o estuviera oprimido bajo un trono ornado con blasones extranjeros.

Y ello, porque del mismo modo que en toda colectividad hay sujetos que son agentes de perversión moral, hay quienes, en la vida pública, al servicio de oscuros intereses, maniobran para intoxicar el culto cívico, hasta en los banquillos de las escuelas, pretendiendo debilitar y dividir al Pueblo y así, adueñarse de los destinos de la Patria para unirlos, por prejuicios, resentimientos o ambiciones inconscientes, a imperios espirituales o materiales, ajenos en lo absoluto a los intereses genuinos y tradicionales de nuestro Pueblo y de nuestra nacionalidad.

x x x

La personalidad de Obregón tipifica la del mexicano revolucionario, más la supera cuando llega a instantes en que se convierte en creador de Historia.

Aquí ha desfilado la aventura extraordinaria de la vida del soldado invicto y del estadista clarividente, entre los marcos sugestivos de la anécdota y del episodio inolvidable, y aquí también han sido valorados sus hechos.

No interesa analizar las opiniones contradictorias, engendradas en el prejuicio que nace del odio personal.

Tampoco comporta ningún resultado positivo el enjuiciamiento que de Obregón hacen los que ocultando su actitud partidarista, bajo un manto académico, adoptan premisas acomodadas a su particular concepción teorizante, ya que éstos son de aquellos que sólo conocen lo que es política por el decir de Aristóteles y por el de todos los que después, sin haber sido políticos jamás, han seguido escribiendo libros sobre el arte del manejo de los hombres y la conducción del Estado.

Los hechos y las figuras históricas han de juzgarse en función de las circunstancias precisas que los rodearon, y no desde la perspectiva de falsos axiomas ni mediante los artilugios de una lógica indigna de ese nombre.

No es el caso de plantear una defensa de la personalidad de Obregón, ya que ni él ni las figuras de la Insurgencia, la Reforma y la Revolución la necesitan, porque quienes las atacan son incapaces de acreditar estatura y prestigio suficientes que imponga la urgencia de establecer tal defensa, y porque el Pueblo, supremo juez, ya ha dictado su veredicto.

La obra de Obregón, como militar y como estadista, está valorada ya, no por opiniones, sino por los hechos mismos

y sus resultados. El, con otros varones extraordinarios, contribuyó a edificar toda una escuela renovadora de pensamiento y de realizaciones, escuela que aun se proyecta hasta el presente.

x x x

La generación de mexicanos a la que pertenezco, fué testigo del apasionado capítulo de la Revolución armada. A ella tocó contemplar, y muchas veces sufrir en su propia carne, el choque de las ideas y de los hombres que surgían de la hoguera provocada por la magna hecatombe.

Y de esta mi generación, en la euforia de la fe que toda reforma social crea, correspondió a los jóvenes campesinos recibir los primeros ejidos y sostener su posesión bajo las mirillas de los 30 - 30, y tocó a los jóvenes obreros aprender todo un nuevo vocabulario sin el cual era imposible entender la organización sindical, y la táctica de lucha necesaria para, protegerse con la legislación del trabajo. Y fué destino de unos y otros combatir contra las guardias blancas, último reducto de la perfidia y la codicia.

Aquellos que éramos estudiantes, con ojos de asombro, vimos el nacer de un México nuevo. Un México auténticamente mexicano, sinceramente elocuente en la voz de los maestros, en las páginas de los diarios y de los libros, en los trazos de las pinturas murales, en la melodía y la letra de las canciones, y lo que era la suma de todo, en nuestra alma, el sentido integral de nuestra valía como Pueblo y como Nación, sin complejos de inferioridad hacia el exterior y sin prejuicios raciales ni discriminatorios en lo interno.

Sentíamos como surgía el País, aun dentro de nosotros mismos, liberados de la servidumbre impuesta por ideas y sistemas extraños a nuestro propio modo de ser; liberados de fórmulas conformadas para la conservación de un orden económico y social favorable al privilegio de una pequeña casta, cuyo único y triste orgullo fué el mantenimiento de una larga e infecunda paz.

Nuestra Patria se despojaba de las galas y los afeites artificiosos e inútiles con que la intelectualidad de los científicos había cubierto su piel morena....Nuevos y esplendentes horizontes en el amanecer que siguió a una larga, lóbrega noche.

Más no todo era euforia. Presiones internas y externas se conjuraban para que los principios esenciales de la Constitución de 17 fueran emasculados, ya que, así como en 1810, México es el primer País de nuestro continente que por Decreto de Hidalgo libera a los esclavos, es la nuestra de 1917, la primera Constitución del mundo que establece

las garantías sociales que protegen a los trabajadores y, - además, reivindica los derechos de la Nación sobre las riquezas del subsuelo y norma la tenencia de la tierra para - beneficio de la gran familia rural.

En aquellos años, en que el liberalismo sufría la interpretación unilateral de quienes, como individuos, empresas o gobiernos entendían que la libertad era su exclusivo patrimonio y la negaban a hombres y nacional según su arbitrio, el contenido redentorista de nuestra Constitución era un peligroso ejemplo contra lo que se consideraba un orden mundial, política y económicamente sagrado.

Y correspondió a Obregón conjurar la maniobra que - amenazaba toda la nueva arquitectura jurídica y social a - tanto costo levantada, y estabilizar, con visión de estadista, las relaciones exteriores sin mengua de las realizaciones revolucionarias.

El nacer del México nuevo..... Es un ayer tan cercano. Casi hoy mismo. Porque sigue naciendo.

Entonces, cuántos titubeos, cuántas experiencias fallidas, cuántas escisiones estériles. Más todo en la ebullición creadora de nuevos estilos de política y nuevos métodos de gobierno.

Nada del derrumbe de la administración de Díaz era aprovechable. Había que improvisar y organizar saliendo al paso de los acontecimientos.

Los periódicos de aquellos tiempos dan la crónica - viva de esa etapa, en que los sueños ante las fogatas de - los vivaces tocaban las fronteras de la frustración al confrontar magnas realidades sociales y económicas hundidas - en ciénegas de décadas y siglos, bajo las cuales yacía el - espíritu constructor del Pueblo mismo, que apenas había templado por primera vez sus fuerzas, desde el aniquilamiento de la Conquista, con el triunfo de las armas de la República que culminó en un cuadro de ejecución en el Cerro de las Campanas.

x x x

Para muchos de mi generación, equidistantes de los agrupamientos militares y partidaristas de la Revolución en armas, no hay problema de balance de personalidades.

Aprendimos a aceptarlas en sus méritos por cuanto - de positivo hay en ellas, sin el pecado de la idealización, y a explicarnos, dentro de la mecánica misma de los acontecimientos, sus virtudes y defectos, sus aciertos y equivocaciones.

538

Aprendimos también que la Revolución Mexicana no es ni será nunca, una pluralidad de intereses, sino un solo interés, el de nuestro Pueblo, y que, quienes por codicia de poder o resentimientos personales, han tratado de desviarla o fragmentarla, aunque hayan militado en la Revolución, jamás han sido revolucionarios.

Y aprendimos que la Revolución Mexicana, por los principios que norman su dinámica de acción, por las instituciones que ha creado, como síntesis que es del pensamiento y de la voluntad populares; como instrumento para salvar y guardar la integridad de la Patria, y vigorizar la independencia económica y la justicia social instituida por ella a través del sindicato y el ejido, no recibirá, como no ha recibido lesión alguna, por parte de quienes la niegan o la traicionan, mientras el pueblo de México la quiera y crea en ella.

x x x

Ahora, pasados los años, cuando la República es un inmenso taller y un gigantesco campo de cultivo, podemos advertir, desde la perspectiva del tiempo, que si la Revolución fué hecha con el valor personal de los que a ella se consagraron, sus enemigos, en cambio, para no arriesgar nada, utilizaron mercenarios, renegados y débiles mentales, y advertimos cómo, luego de vencidos en la lucha, han utilizado, maculándolos, dos nobles instrumentos de cultura, la imprenta y la escuela, y cómo, además, han empleado el arma sutil del análisis sofisticado, la interpretación distorsionada, la caricatura gráfica y verbal que llega a tocar los límites de lo abyecto, para desbaratar, ya no uno de los más hermosos capítulos de nuestra historia, sino de todas las historias políticas de todo el mundo contemporáneo.

Día a día, a pesar de quienes así proceden, México se integra con más altos perfiles, y más vigorosos alienados. Sin embargo, hemos de permanecer alerta.

El día de mañana, como hoy, nuestra bandera ondeará a media asta. La Nación recuerda la muerte del Benemérito de las Américas. Las dos fechas se hermanan en un mismo luto.

De él, de Juárez, el centinela del pensamiento liberal mexicano, es esta frase que debe permanecer presente, hoy y siempre, para todos los que trabajan por el progreso espiritual y material de México, porque es eternamente válida.

El restaurador de la República dijo en un manifiesto, a su vuelta a la capital, luego de aniquilado el Imperio:

"Debemos felicitar a la Nación, porque después de un largo período de encarnizada lucha para establecer nuestras libres instituciones y afirmar nuestra independencia, podemos ya consagrarnos tranquilamente a la reorganización y mejoramiento de nuestra sociedad.

Sin embargo, -advierte el Benemérito-, no debemos - confiar ciegamente en que esas instituciones y la paz están del todo aseguradas: existen aún latentes los elementos que las pueden destruir; los partidarios del retroceso y de los abusos, acechan la oportunidad para restablecer su antiguo predominio y es preciso redoblar nuestros trabajos y nuestra vigilancia, para contrariar y destruir sus tendencias antipatrióticas".

En paralelo con esta frase de Juárez, entre el enorme legado de Obregón, podemos escoger dos lecciones:

Al concluir su mandato como Presidente de la República, al despedirse del Cuerpo Diplomático, explica a los representantes extranjeros por qué la solución de los problemas de un mundo sangrante, después de la Primera Gran Guerra, radica en la aplicación de las fórmulas de justicia social de nuestra Revolución. Los acontecimientos han demostrado cuán exacta fué su serena y oportuna advertencia, ya que la Carta de las Naciones Unidas, el documento internacional más importante de nuestra época, en las prescripciones más humanas que contiene, coincide con las ideas que abanderan nuestro movimiento de reforma social.

La segunda lección está implícita en el sacrificio de aquel a quien estamos rindiendo homenaje. Ella muestra - que el crimen político es estéril, porque las ideas jamás - pueden ser asesinadas.

x x x

Hoy, en nuestros días, el mundo se encuentra en crisis por la pugna doctrinal y militar de las potencias, pugna que al estallar con la utilización de las armas atómicas hundiría a la Humanidad en los abismos de otra Edad Media. Ante perspectiva tan sombría, nuestros ojos se vuelven hacia las generaciones de mexicanos que habrán de substituirnos.

A los jóvenes corresponde proteger la supervivencia de la Nación, igual que lo hicieron aquellos, que siendo niños sucumbieron en Chapultepec, alcanzando el grado supremo del heroísmo.

Más la supervivencia que anhelamos no requiere helo caustos de sangre, sino esfuerzo tenaz y creador en los la-

55

boratorios, en las fábricas y en los campos, en la ciencia, y en la técnica; esfuerzo tenaz y creador del saber y del trabajo, hecho no sólo con la inteligencia, porque falta de generosidad sería estéril, sino con el corazón, para lograr lo que Obregón señaló en uno de sus últimos discursos como gran tarea del futuro:

"Proseguir la obra de los revolucionarios desaparecidos, buscar el bienestar que ellos anhelaron para la colectividad, buscar un mayor reajuste social entre las diversas clases que integran la familia mexicana".

Si quienes habrán de substituirnos, así lo hicieren seguirán la recta trayectoria de los creadores de la Independencia y de la Reforma, la trayectoria de los realizadores de la Revolución ayer y hoy.

Y es ésta la única consigna, la suprema consigna de México para que la Patria sobreviva; para que no la hieran de muerte si en otras latitudes persisten en el error de destruirse los unos a los otros:

"Proseguir la obra de los Revolucionarios desaparecidos".

México, D.F. a 17 de julio de 1956

**ARCHIVO FERNANDO TORREBLANCA
FONDO ÁLVARO OBREGÓN**

CONSTANCIA DE RETIRO DE DOCUMENTOS

HEMEROTECA (X) MAPOTECA () PLANOTECA () MUSEO ()

FONDO: 11

SERIE: 060400

GAVETA: 33

EXPEDIENTE: 28

LEGAJO: 2/3

INVENTARIO: 5155

NOMBRE DEL EXPEDIENTE: HOMENAJE 1956

Nº DE FOJAS: 1

FORMATO: 23 cm x 60 cm

LUGAR: México, D.F.

FECHA: Agosto 10, 1956

PLANERO: 1

CAJON: 1

FOLDER: 53

DESCRIPCIÓN: "Voces de alerta en el presente de México: Juárez y Obregón señalan cómo proteger a la patria; Discurso del Lic. Noriega en le ceremonia de homenaje en el 17 de julio al Manco de Celaya", PATRIA NUEVA, México, D.F. Agosto 10, 1956, pp. 1 y 2.

Las Agrupaciones Cívicas Comprueban su Grande Empeño Educativo

PATRIA NUEVA



Fundador: J. Jesús Ibarra
Director Gerente: Humberto Tejera

AGOSTO DE 1956
No. 47
Bucareli N° 20 Despacho 301

Autorizado como correspondencia de Correos Núm. 1 de México segunda clase en la Administración D. F. el 9 de Marzo de 1958

Nuestro Problema General es Cultural, Higiénico y Económico

El problema general de los países de la América Latina es fundamentalmente de orden cultural, higiénico y económico. A pesar de los avances de los últimos años, nuestro nivel medio de vida es muy bajo. No hemos logrado aún hacer partícipes a nuestras mayorías de los beneficios que el progreso sorprendente de la ciencia y de la técnica ha conquistado para mejorar la vida actual. Es indispensable que el trabajo de nuestros hombres y mujeres, lo mismo en los campos que en las ciudades rinda más, que sea más productivo, lo cual demanda mayores recursos científicos y

técnicos, inversiones, tanto públicas como privadas, y sobre todo, trabajo incesante; sin cesar, trabajo.

Si en lo interno se han logrado fórmulas adecuadas, como el sistema de paridad de precios para los agricultores, no vemos por qué en la órbita internacional no pueden buscarse fórmulas que aseguren un mínimo de justicia para los productores. Tenemos fe en la libertad, fe en la democracia, pero pensamos que para el bien del mundo ni la libertad es incompatible con la seguridad, ni la democracia con la justicia. *Adolfo Ruiz Cortines.*

Voces de Alerta en el Presente de México

Juárez y Obregón Señalan Cómo Proteger a la Patria



Discurso del Lic. Noriega en la Ceremonia de Homenaje el 17 de Julio al Manco de Colima

Igual que en años precedentes, el 17 de Julio de 1956 reunió en torno al Monumento a Obregón, sito en el parque de su nombre, a grandes contingentes sindicales y populares, altas autoridades encabezadas por el Sr. de Gobernación, Lic. Angel Carvajal; familiares del extinto héroe; viejos camaradas de la lucha revolucionaria y las batallas; legisladores de 1917; y tres mil alumnos de las escuelas de la capital, con desfile de bandas y fuerzas de las armas federales. La belleza del sitio y del día, la reviviscencia de días gloriosos de la Revolución, y la soberana patina del tiempo lo mismo sobre los bronceos que sobre las frentes de los veteranos, prestaron solemnidad grandiosa al acto, en que la generación de revolucionarios que va ya envolviéndose en el crepúsculo, pareció comprender la urgencia de entregar la antorcha perenne de las reivindicadas de la justicia popular, a la generación que hoy surge con renovados ímpetus en el corazón y nuevas luces sembradas por la educación popular en las conciencias.

Trascedentes discursos se elevaron burilando la biografía de Alvaro Obregón; entre ellos, con particular resonancia para las Agrupaciones Cívicas, tanto por su autor como por el contenido de sus pensamientos, acogemos en "Patria Nueva" el siguiente del Sr. Lic. Raúl Noriega, con razón señalado por la prensa nacional como una enseñanza cívica y oportuna. (Nota: los subtítulos han sido puestos por "Patria Nueva").

Sr. Lic. Angel Carvajal, Secretario de Gobernación, representante del Sr. Presidente de la República en esta ceremonia.
Sr. Lic. Ernesto P. Uruchurtu, Jefe del Departamento del Distrito Federal.
Señores Ex-Presidente de México, Lic. Emilio Portes Gil y Sr. Gral. Abelardo L. Rodríguez.
Señores Miembros del Gabinete.
Señor Lic. Aarón Sáenz, Presidente de la Asociación Cívica General Alvaro Obregón.
Señoras y Señores:

Tengo el privilegio excepcional de que concurren a esta ceremonia tres mil niños de nuestras escuelas. A las niñas y a los niños dedico este discurso porque a ellos corresponderá actuar en el futuro de nuestra Patria.

Su presencia aquí me hace pensar que siempre, en ceremonias de esta índole debe concurrir el mayor número posible de escolares, porque estos actos son una lección viva de lo que es la Historia de México.

El Pueblo se encumbra en las horas de decisión, cuando el peligro de perder el legado de los ancestros gravita como una amenaza ineluctable; cuando el solar patrio sufre el zarpazo de un invasor; también se alerta al estallar un supremo conflicto de intereses públicos, o los anhelos dolorosamente obtenidos están en riesgo de convertirse en botín de aquellos a quienes se creyó definitivamente aniquilados.

Al cristalizar la desesperación, ante el pavor de una catástrofe, el Pueblo vuelve el rostro hacia la Historia para oír la voz del pasado; una voz sobrenatural que se expresa en un supremo y misterioso mandato y se hace escuchar en el callado recogimiento del gabinete de estudio, en la cátedra, en las tribunas parlamentarias y periodísticas, o en el campo de batalla, siempre a través de un superhombre, superhombre cuya semilla está en todos; en el joven príncipe que asume sin esperanza de triunfo la defensa de su raza; en el párroco anciano que abandona una vida tranquila para arrojar al torbellino de la insurgencia; en el humilde minero que incendia las puertas de la Alhóndiga y abre así el camino a la Libertad; en el estudioso que arriesga una posición penosamente labrada y concentra su sabiduría en una frase que es todo un desafío a la Dictadura, y dice: "El Pueblo tiene hambre y sed de justicia"; frase determinante, como aquella otra que

(Pasa a la pág. 2)

AGRUPACIONES CIVICAS QUE ACABAN DE ESTABLECERSE EN DIVERSOS LUGARES

Saludamos cordialmente, deseándoles éxitos, a las siguientes, establecidas en las últimas semanas:

SOLEDAD ATZOMPA, VER.—Con fecha 15 de Junio se formó en esa población veracruzana el núcleo cívico, bajo la dirección del Sr. Pascual Ruiz, quien cuenta con el apoyo de suficientes ciudadanos para las labores de beneficio social que se ha fijado en su programa.

TLATILPA, VER.—En este poblado, próximo al anterior, quedó también constituida el 9 de Junio la Agrupación Cívica, que dirige el Sr. José María Rojas, en medio del entusiasmo de numerosas personas que se han compenetrado del programa de la F.A.C.M.

MAZAPIL, ZAC.—El 8 de Junio pasado, se instaló en ese importante centro zacatecano el grupo cívico, quedando la dirección encomendada a los cuidados e iniciativas del Sr. Cipriano Ramírez R. A dicho señor, como a los demás Presidentes, la Federación Cívica ha enviado sus credenciales y publicaciones informativas.

SAN SEBASTIAN TENOXITLAN, HGO.—La Agrupación Cívica ha quedado fundada con el Sr. Miguel Quijada como director, quien se cuenta entre los más distinguidos elementos de la localidad. Al igual que en otros pueblos hidalgüenses, el grupo cívico intenta salir de la apatía secular e incorporarse al gran movimiento progresivo de México.

8.000 Cuadernos Escolares para los Alumnos de las Escuelas del Campo

Los Jóvenes Afiliados de Colima Han Comenzado sus Trabajos así

En los periódicos "Diario de Colima", "Ecos de la Costa", "El Imparcial" y "El Regional", de la capital de Colima, encontramos notas sobre la brillante actuación del grupo "Juventudes Cívicas Colimenses, agrupación que cuenta con el henepléxico de todas las clases sociales de Colima, tanto por su organización como por su programa de actividades que es síntesis de devoción por encauzar y llevar a feliz término tareas de índole social, cívica y patriótica que eleve el nivel cultural de la juventud y de nuestro Pueblo. En la misma publicación se elogia la colaboración prestada por Don Roberto Levy Rendón al transmitir, diariamente, el programa "Patria Nueva, Antología del Espíritu de México"; y se publican las efigies de los Directivos de Juventudes Cívicas Colimenses: Mario Delgado Gaitán, Jaime Enriquez Casillas, Albino Espíritu Moreno, Carlos M. Zepeda, Héctor Gutiérrez Chacón, Luis Vázquez Batista y Teodoro Ponce de León. La Federación de Agrupaciones Cívicas Pro-México, tiene en toda la República 1,400 Organizaciones filiales".

"PATRIA NUEVA" es el nombre de la publicación Organó de la Federación de Agrupaciones Cívicas Pro México. El Núm. 45 correspondiente al presente mes publica un ameno reportaje sobre la magnífica labor que en pocas se-

tiempo que aumenta el número de asociados, hasta llegar actualmente a más de cien miembros, cumplen con sus deberes reglamentarios de reunirse a sesionar, se apuntan trabajos efectivos, como el de reunir fondos para dotar con ocho mil cuadernos escolares a los alumnos de las Escuelas Rurales; han emprendido campaña contra el alcoholismo, que enloquece y exaspera para el crimen; y prosiguen en su plan de conferencias y veladas literarias, que sirven para llevar al pueblo los principios culturales y cívicos. Van por buen camino sus gestiones para organizar las funciones de Cine sabatinas, alquilando al efecto uno de los salones de la capital colimense, lo que les servirá para aumentar fondos disponibles en obras de servicio social. "El Regional", de 9 de Junio pasado, que dirige el distinguido periodista Dn. Ismael Aguayo Figueroa, trae la nota siguiente que agradecemos al colega:

"PATRIA NUEVA" es el nom-

Reverencia al Benemérito Juárez en el 84 Aniversario de su Muerte

Una delegación de la F.A.C.M. asistió a los actos de cívica recordación al Benemérito de las Américas, en el 84 Aniversario de su muerte. Una numerosa concentración de ciudadanos, y muchas delegaciones democráticas, y altas autoridades presididas por el Sr. de Educación, Lic. José Angel Ceniceros, allegáronse el 18 de Julio al Hemiciclo, donde preside Juárez en mármol inmortal la existencia de la república, y con el aplauso unánime de los poderes judicial y legislativo, y de los sindicatos obreros y campesinos, alzó la palabra el escritor don Mauricio Magdaleno, Director de Acción Social del D. F., para decir: "Juárez ha sido estudiado amplia y definitivamente, lo mismo por sus partidarios como por sus enemigos: tan viva está la figura de Juárez, que todavía se la honra con la polémica y la lucha. No se trata de uno de esos héroes cubiertos de flores y acompañados por los acordes de una música de domingo: Juárez fue y sigue siendo como el Zempoaltepétl, que arroja el impacto de su bifurcación y ofrece al país la altitud de las (Pasa a la pág. 3)

Abusivos Propietarios de Ganado que Causan Daño en Sta. Cruz Oax.

Una vez más la Federación de Agrupaciones Cívicas se ha dirigido al Departamento de Agricultura y Ganadería de la Sra. del ramo, el cual está a cargo del Sr. Cnel. Pablo García Gordillo, poniendo en su conocimiento la situación que denuncian nuestros afiliados de la Agrupación Cívica de Tehuantepec, barrio Santa Cruz, Oax. El Pdto. de dicha Agrupación y numerosos vecinos, dicen que varias partidas de ganado, propiedad de los miembros de la Sociedad Ganadera local, pastan libremente por donde pueden, sin atenerse a los reglamentos de cerca y cuidado establecidos; por lo cual están causando graves daños a los pequeños sembradores de la región, que ven desaparecer sus cosechas por tal causa. Inútilmente han sido los ruegos a las autoridades locales para que pongan coto a esos abusos; y por esta razón, piden el auxilio federal, para ver si es posible contener semejante causa de ruina de sus intereses.

Progresan el Campo de Experimentación Agrícola en Santa Rosa Cintalapa Creado por Iniciativa del Delegado A. Sobrevals Ortiz

Voces de alerta en el presente...



En el acto de ofrendar laureles al Presidente Alvaro Obregón, aparecen en marcha hacia el monumento de la Bombilla, el Sr. Lic. Angel Carvajal, Srío. de Gobernación; los ex-Presidentes, Lic. Emilio Portes Gil y Abelardo Rodríguez; el Srío. de la Defensa, Gral. Matías Ramos, el Lic. Aaron Sáenz, y un grupo de viejos militantes, que acompañaron al gobernante que cubrió de gloria a la Revolución vencedora apoyando grandes campañas de cultura popular.

(Viene de la pág. 2)

define una conducta continental frente a las últimas tentativas decadentes del imperialismo europeo: "¡Ahora o nunca!"

Es ese mismo grado de pensamiento y acción superhumanas, el que impulsa a aquella muchacha, amante de flores y de pájaros, que en Puebla, una mañana de noviembre acarrea parque y dispara el rifle contra los esbirros del porfiriato.

Y es ese mismo sentido de decisión el que inspira al soldado de un ejército del pueblo, al que la metralla arranca un brazo en Celaya, en la línea de fuego, porque para EL, un él con mayúsculas, en ese momento, su presencia en la trinchera tiene idéntico valor de la de cualquiera de los hombres a su mando en el ímpetu mortal de alcanzar la victoria.

Honrar a los Mexicanos ilustres es honrar a México y fortalecernos

La vida de México, hasta hace unos cuantos lustros integrada por una interminable sucesión de crisis y conflictos, en un largo proceso de liberación popular contra miserias y tiranías, es espléndidamente fecunda en mujeres y hombres ejemplares. Cada capítulo de nuestra Historia, impreso con las marcas sombrías del drama y de la tragedia, se ilumina al paso de figuras insignes; y de allí, quizá, la cristalización de México como una Patria impasible ante las adversidades, que avanza siempre, contra los obstáculos que se oponen a su destino, con la firmeza de quien sabe que los ha vencido y ha de vencerlos en el futuro.

Cada uno de esos mexicanos ilustres, señala rutas de superación o de sacrificio, las únicas mediante las cuales pueden ser consolidadas las aspiraciones colectivas.

Es en ese aquilatar de pensamientos y acciones en el que el culto a los hijos ilustres de la Patria define los rasgos esenciales de nuestro Pueblo, ya que, con la devoción de ese culto, refleja sus propios ideales y su carácter. Por ello, honrar a los mexicanos que se han distinguido en las Ciencias, las Artes, o las Armas, es honrar a México y fortalecernos nosotros mismos.

Los destructores del Culto Cívico

Obregón es una de nuestras más insignes y ejemplares figuras.

En esta tribuna se ha levantado el pedestal de su gloria para que unos pocos días, y aun horas después, algunos se afanen en los amaños caprichosos de una contabilidad de restas y divisiones. Pero no es éste, el ataque a la figura de Obregón, el único caso.

El mito de Penélope es el mito que ha pretendido hacerse realidad en la tarea destructiva que contra el culto cívico de las grandes figuras nacionales, desde hace años, se ha emprendido en nuestro País.

Ninguna de las grandes personalidades de la Independencia, la Reforma y la Revolución escapa de sufrir el deshacer de sus méritos. Creadoras de la nacionalidad, hay quienes ante ellas y ante la realidad constructiva y positiva de México, cierran los ojos y lucubran que todo sería mejor, no para México, sino para ellos, si México permaneciera aprisionado aún en el cepo del coloniaje o estuviera oprimido bajo un trono ornado con blasones extranjeros.

Y ello, porque del mismo modo que en toda colectividad hay sujetos que son agentes de perversión moral, hay quienes, en la vida pública, al servicio de oscuros intereses, maniobran para intoxicar el culto cívico, hasta en los banquillos de las escuelas, pretendiendo debilitar y dividir al Pueblo y así, adueñarse de los destinos de la Patria para unirlos, por prejuicios, resentimientos o ambiciones inconfesables, a imperios espirituales o materiales, ajenos en lo absoluto a los intereses genuinos y tradicionales de nuestro Pueblo y de nuestra nacionalidad.

Los Teóricos de la Política y Obregón

La personalidad de Obregón típica de la del mexicano revolucionario, mas la supera cuando llega a instantes en que se convierte en creador de Historia.

Aquí ha desfilado la aventura extraordinaria de la vida del soldado invicto y del estadista clarividente, entre los marcos sugestivos de la anécdota y del episodio inolvidable, y aquí también han sido valorados sus hechos.

No interesa analizar las opiniones contradictorias, engendradas en el prejuicio que nace del odio personal.

Tampoco comporta ningún resultado positivo el enjuiciamiento que de Obregón hacen los que ocultando su actitud partidarista, bajo un manto académico, adoptan premisas acomodadas a su particular concepción teorizante, ya que éstos son de aquellos que sólo conocen lo que es política por el decir de Aristóteles y por el de todos los que después, sin haber sido políticos, jamás, han seguido escribiendo libros sobre el arte del manejo de los hombres y la conducción del Estado.

Los hechos y las figuras históricas han de juzgarse en función de las circunstancias precisas que los rodearon, y no desde la perspectiva de falsos axiomas ni mediante los artilugios de una lógica indigna de ese nombre.

No es el caso de plantear una defensa de la personalidad de Obregón, ya que ni él ni las figuras de la Insurgencia, la Reforma y la Revolución la necesitan, porque quienes las atacan son incapaces de acreditar estatura y prestigio suficiente que impongan la urgencia de establecer tal defensa, y porque el Pueblo, supremo juez, ya ha dictado su veredicto.

La obra de Obregón, como militar y como estadista, está valorada ya, no por opiniones, sino por los hechos mismos y sus resultados. El, con otros varones extraordinarios, contribuyó a edificar toda una escuela renovadora de pensamiento y de realizaciones, escuela que aun se proyecta hasta el presente.

La fotografía muestra a los trabajadores que llevan adelante los trabajos en el Campo de Experimentación Agrícola, creado en Melchor Ocampo, Ver., por la constante e inteligente iniciativa del Delegado Gral. de la Federación de Agrupaciones Cívicas, Sr. Antonio Sobrevals Ortiz, quien nos dice:

"Este Campo Experimental se está construyendo para poder enseñar a los campesinos de estos lugares a sembrar productos nuevos: ya que sólo han sembrado durante todo el año y en todas las épocas maíz y frijol; lo que ha causado gran parte de las tierras Gran beneficio será poder aprovechar de nuevo, debidamente, esas tierras que poco o nada producen. Generalmente el campesino, en vez de regenerar las tierras, sólo tiende a derribar nuevos árboles para sembrar el maíz y el frijol, ocasionándose el implacable desmonte de nuestros bosques. Las demostraciones que hemos comenzado a hacer, llevarán al convencimiento de que hoy hay muchos otros productos agrícolas que dan mayor ganancia al sembrador, con mejoramiento para sus familias. Los campesinos volverán, así, a laborar tierras que desde hace mucho han abandonado como improductivas. En la trayectoria de

Renovación de las Tierras y Diversificación de los Cultivos es la Finalidad que se Busca



La Agrupación Cívica de Lázaro Cárdenas en Gestiones del Servicio Eléctrico

Infatigable siempre en su trabajo de servir al pueblo, la Delegada de la F.A.C.M. Sra. Adela

Nuestras experiencias; Nace una Patria Nueva

La generación de mexicanos a la que pertenezco, fué testigo del apasionado capítulo de la Revolución armada. A ella tocó contemplar, y muchas veces sufrir en su propia carne, el choque de las ideas y de los hombres que surgían de la hoguera provocada por la magna hecatombe.

Y de esta mi generación, en la euforia y la fe que toda reforma social crea, correspondió a los jóvenes campesinos recibir los primeros ejidos y sostener su posición bajo las mirillas de los 30-30, y tocó a los jóvenes obreros aprender todo un nuevo vocabulario sin el cual era imposible entender la organización sindical, y la táctica de lucha necesaria para protegerse con la legislación del trabajo. Y fué destino de unos y otros combatir contra las guardias blancas, último reducto de la perfidia y la codicia.

Aquellos que éramos estudiantes, con ojos de asombro, vimos el nacer de un México nuevo. Un México auténticamente mexicano, sinceramente elocuente en la voz de los maestros, en las páginas de los diarios y de los libros, en los trozos de las pinturas murales, en la melodía de las canciones, y lo que era la suma de todo, en nuestra alma, el sentido integral de nuestra valía como Pueblo y como Nación, sin complejos de inferioridad hacia el exterior y sin prejuicios raciales ni discriminatorios en lo interno.

Sentíamos cómo surgía el País, aun dentro de nosotros mismos, liberados de la servidumbre impuesta por ideas y sistemas extraños a nuestro propio modo de ser; liberados de fórmulas con favorables al privilegio de una pequeña casta, cuyo único y triste orgullo fué el mantenimiento de una larga e infecunda paz.

Defensa de la Carta Magna y de la Revolución

Nuestra Patria se despojaba de las galas y los afeites artificiosos e inútiles con que la intelectualidad de los científicos había cubierto su piel morena... Nuevos y esplendentes horizontes en el amanecer que siguió a una larga, lóbrega noche.

Mas no todo era euforia. Presiones internas y externas se conjuraban para que los principios esenciales de la Constitución de 17 fueran emasculados, ya que, así como en 1810, México es el primer País de nuestro continente que por Decreto de Hidalgo libera a los esclavos, es la nuestra de 1917, la primera constitución del mundo que establece las garantías sociales que protegen a los trabajadores y, además, reivindica los derechos de la Nación sobre las riquezas del subsuelo y norma la tenencia de la tierra para beneficio de la gran familia rural.

En aquellos años, en que el liberalismo sufría la interpretación unilateral de quienes, como individuos, empresas o gobiernos entendían que la libertad era su exclusivo patrimonio y la negaban a hombres y naciones según su arbitrio, el contenido redentorista de nuestra Constitución era un peligroso ejemplo contra lo que se consideraba un orden mundial, política y económicamente sagrado.

Y correspondió a Obregón conjurar la maniobra que amenazaba toda la nueva arquitectura jurídica y social a tanto costo levantada, y estabilizar con visión de estadista, las relaciones exteriores sin mengua de las realizaciones revolucionarias.

El nacer del México nuevo... Es un ayer tan cercano. Casi es hoy mismo. Porque sigue naciendo.

Entonces, cuántos titubeos, cuántas experiencias fallidas, cuántas escisiones estériles. Mas todo en la ebullición creadora de nuevos estilos de política y nuevos métodos de gobierno.

Nada del derrumbe de la administración de Díaz era aprovechable. Había que improvisar y organizar saliendo al paso de los acontecimientos.

Los periódicos de aquellos tiempos dan la crónica viva de esa etapa, en que los sueños ante las fogatas de los vivacs tocaban las fronteras de la frustración al confrontar magnas realidades sociales y económicas hundidas en ciénagas de décadas y siglos, bajo las cuales yacía el espíritu constructor del Pueblo mismo, que apenas había templado por primera vez sus fuerzas desde el aniquilamiento de la Conquista, con el triunfo de las armas de la República que culminó en un cuadro de ejecución en el Cerro de las Campanas.

No hay problema de balance de personalidades

Para muchos de mi generación, equidistantes de los agrupamientos militares y partidaristas de la Revolución en armas, no hay problema de balance de personalidades.

Aprendimos a aceptarlas en sus méritos por cuanto de positivo hay en ellas, sin el pecado de la idealización, y a explicarnos, dentro de la mecánica misma de los acontecimientos, sus virtudes y defectos, sus aciertos y equivocaciones.

Aprendimos también que la Revolución Mexicana no es, ni será nunca, una pluralidad de intereses, sino un solo interés, el de nuestro Pueblo, y que, quienes por codicia de poder o resentimientos personales, han tratado de desviarla o fragmentarla, aunque hayan militado en la Revolución, jamás han sido revolucionarios.

Y aprendimos que la Revolución Mexicana, por los principios que norman su dinámica de acción, por las instituciones que ha creado, como síntesis que es del pensamiento y de la voluntad populares; como instrumento para salvaguardar la integridad de la Patria, y vigorizar la independencia económica y la justicia social

RAUL NORIEGA

DISCURSO
pronunciado en la
CEREMONIA CONMEMORATIVA
DEL XXVIII ANIVERSARIO DEL
SACRIFICIO DEL
GENERAL ALVARO OBREGON

*el martes 17 de julio de 1956, ante el
monumento erigido a su memoria*

MEXICO

323.2 (72)

7 B2 d

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL LIC. RAUL NORIEGA, OFICIAL MAYOR DE LA SECRETARIA DE HACIENDA Y CREDITO PUBLICO, EN LA CEREMONIA CONMEMORATIVA DEL XXVIII ANIVERSARIO DEL SACRIFICIO DEL GRAL. ALVARO OBREGON, EL MARTES 17 DE JULIO DE 1956, ANTE EL MONUMENTO ERIGIDO A SU MEMORIA

Sr. Lic. Angel Carvajal, Secretario de Gobernación, representante del Sr. Presidente de la República en esta ceremonia.

Señores Ex-Presidentes de México, Lic. Emilio Portes Gil y Gral. Abelardo L. Rodríguez.

Sr. Lic. Ernesto P. Uruchurtu, Jefe del Departamento del Distrito Federal.

Señores Miembros del Gabinete.

Sr. Lic. Aarón Sáenz, Presidente de la Asociación Cívica General Alvaro Obregón.

Señoras y señores:

Es para mí un privilegio extraordinario poder decir este discurso cuando la audiencia está compuesta por más de tres mil niños. Quizás todas nuestras ceremonias cívicas debieran tener esta concurrencia de escolares, porque ellos son los que con nuevo optimismo y nuevas fuerzas deben leer en las páginas de nuestra Historia y deben aprender en las ceremonias el camino que han de seguir para hacer más grande a nuestra Patria. A ellos, a los niños aquí presentes, dedico mis palabras.

61

El pueblo se encumbra en las horas de decisión, cuando el peligro de perder el legado de los ancestros gravita como una amenaza ineluctable, cuando el solar patrio sufre el zarpazo de un invasor. También se alerta al estallar un supremo conflicto de intereses públicos, o los anhelos dolorosamente obtenidos están en riesgo de convertirse en botín de aquellos a quienes se creyó definitivamente aniquilados.

Al cristalizar la desesperación, ante el pavor de una catástrofe, el pueblo vuelve el rostro hacia la Historia para oír la voz del pasado; una voz sobrenatural que se expresa con la fuerza de un supremo y misterioso mandato y se hace escuchar en el callado recogimiento del gabinete de estudio, en la cátedra, en las tribunas parlamentarias y periodísticas, o en el campo de batalla, siempre a través de un superhombre, superhombre cuya semilla está en todos: en el joven

príncipe que asume sin esperanza de triunfo la defensa de su raza; en el párroco anciano que abandona una vida tranquila para arrojar al torbellino de la insurgencia; en el humilde minero que incendia las puertas de la Alhóndiga y abre así el camino a la Libertad; en el estudioso que arriesga una posición penosamente labrada y concentra su sabiduría en una frase que es todo un desafío a la Dictadura, y dice: "El pueblo tiene hambre y sed de justicia"; frase determinante, como aquella otra que define una conducta continental frente a las últimas tentativas decadentes del imperialismo europeo: "¡Ahora o nunca!"

Es ese mismo grado de pensamiento y acción superhumanas, el que da impulso a aquella muchacha, amante de flores y de pájaros, que en Puebla, una mañana de noviembre acarrea parque y dispara el rifle contra los esbirros del porfiriato.

Y es ese mismo sentido de decisión el que inspira al soldado de un ejército del pueblo, al que la metralla arranca un brazo en Celaya, en la línea de fuego, porque para EL, un él con mayúsculas, en ese momento, su presencia en la trinchera tiene idéntico valor que la de cualquiera de los hombres a su mando en el ímpetu mortal de alcanzar la victoria.

La vida de México, hasta hace unos cuantos lustros, integrada por una interminable sucesión de crisis y conflictos, en un largo proceso de liberación popular contra miserias y tiranías, es espléndidamente fecunda en mujeres y hombres ejemplares. Cada capítulo de nuestra Historia, impreso con las marcas sombrías del drama y de la tragedia, se ilumina al paso de figuras insignes; y de allí, quizá, la cristalización de México como una Patria impasible ante las adversidades, que avanza siempre, contra los obstáculos que se oponen a su destino, con la firmeza de quien sabe que los ha vencido y ha de vencerlos en el futuro.

Cada uno de esos mexicanos ilustres, señala rutas de superación o de sacrificio, las únicas mediante las cuales pueden ser consolidadas las aspiraciones colectivas.

Es en ese aquilatar de pensamientos y acciones en el que el culto a los hijos ilustres de la Patria define los rasgos esenciales de nuestro pueblo, ya que, con la devoción de ese culto, él refleja sus propios ideales y su carácter. Por ello, honrar a los mexicanos que se han distinguido en las Ciencias, las Artes, o las Armas, es honrar a México y fortalecernos nosotros mismos.

:: :: ::

Obregón es una de nuestras más insignes y ejemplares figuras.

En esta tribuna se ha levantado el pedestal de su gloria para que unos pocos días, y aun horas después, algunos se afanen en los amaños caprichosos de una contabilidad de restas y divisiones. Pero no es éste, el ataque a la figura de Obregón, el único caso.

El mito de Penélope es el mito que ha pretendido hacerse realidad en la tarea destructiva que contra el culto cívico de las grandes figuras nacionales, desde hace años, se ha emprendido en nuestro país.

Ninguna de las grandes personalidades de la Independencia, la Reforma y la Revolución escapa de sufrir el deshacer de sus méritos. Creadoras de la nacionalidad, hay quienes ante ellas y ante la realidad constructiva y positiva de México, cierran los ojos y lucubran que todo sería mejor, no para México, sino para ellos, si México permaneciera aprisionado aún en el cepo del coloniaje o estuviera oprimido bajo un trono ornado con blasones extranjeros.

Y ello, porque del mismo modo que en toda colectividad hay sujetos que son agentes de perversión moral, hay quienes, en la vida pública, al servicio de oscuros intereses, maniobran para intoxicar el culto cívico, hasta en los banquillos de las escuelas, pretendiendo debilitar y dividir al pueblo y así, adueñarse de los destinos de la Patria para unirlos, por prejuicios, resentimientos o ambiciones inconfesables, a im-

63
perios espirituales o materiales, ajenos en lo absoluto a los intereses genuinos y tradicionales de nuestro pueblo y de nuestra nacionalidad.

:: :: ::

La personalidad de Obregón tipifica la del mexicano revolucionario, mas la supera cuando llega a instantes en que se convierte en creador de Historia.

Aquí ha desfilado la aventura extraordinaria de la vida del soldado invicto y del estadista clarividente, entre los marcos sugestivos de la anécdota y del episodio inolvidable, y aquí también han sido valorados sus hechos.

No interesa analizar las opintones contradictorias, engendradas en el prejuicio que nace del odio personal.

Tampoco comporta ningún resultado positivo el enjuiciamiento que de Obregón hacen los que ocultando su actitud partidarista, bajo un manto académico, adoptan premisas acomodadas a su particular concepción teorizante, ya que éstos son de aquellos que sólo conocen lo que es política por el decir de Aristóteles y por el de todos los que después, sin haber sido políticos jamás, han seguido escribiendo libros

sobre el arte del manejo de los hombres y la conducción del Estado.

Los hechos y las figuras históricas han de juzgarse en función de las circunstancias precisas que los rodearon, y no desde la perspectiva de falsos axiomas ni mediante los artilugios de una lógica indigna de ese nombre.

No es el caso de plantear una defensa de la personalidad de Obregón, ya que ni él ni las figuras de la Insurgencia, la Reforma y la Revolución la necesitan, porque quienes las atacan son incapaces de acreditar estatura y prestigio suficientes que impongan la urgencia de establecer tal defensa, y porque el pueblo, supremo juez, ya ha dictado su veredicto.

La obra de Obregón, como militar y como estadista, está valorada ya, no por opiniones, sino por los hechos mismos y sus resultados. El, con otros varones extraordinarios, contribuyó a edificar toda una escuela renovadora de pensamiento y de realizaciones, escuela que se proyecta hasta el presente.

:: :: ::

La generación de mexicanos a la que pertenezco, fue testigo del apasionado capítulo de la Revolución armada. A ella tocó contemplar, y muchas veces su-

64
frir en su propia carne, el choque de las ideas y de los hombres que surgían de la hoguera provocada por la magna hecatombe.

Y de esta mi generación, en la euforia y la fe que toda reforma social crea, correspondió a los jóvenes campesinos recibir los primeros ejidos y sostener su posesión bajo las mirillas de los 30-30, y tocó a los jóvenes obreros aprender todo un nuevo vocabulario sin el cual era imposible entender la organización sindical, y la táctica de lucha necesaria para protegerse con la legislación del trabajo. Y fue destino de unos y otros combatir contra las guardias blancas, último reducto de la perfidia y la codicia.

Aquellos que éramos estudiantes, con ojos de asombro vimos el nacer de un México nuevo. Un México auténticamente mexicano, sinceramente elocuente en la voz de los maestros, en las páginas de los diarios y de los libros, en los trazos de las pinturas murales, en la melodía y la letra de las canciones, y lo que era la suma de todo, en nuestra alma, el sentido integral de nuestra valía como Pueblo y como Nación, sin complejos de inferioridad hacia el exterior y sin prejuicios raciales ni discriminatorios en lo interno.

Sentíamos cómo surgía el país, aun dentro de nosotros mismos, liberados de la servidumbre impuesta por ideas y sistemas extraños a nuestro propio modo

de ser; liberados de fórmulas conformadas para la conservación de un orden económico y social favorable al privilegio de una pequeña casta, cuyo único y triste orgullo fue el mantenimiento de una larga e infecunda paz.

Nuestra Patria se despojaba de las galas y los afeites artificiosos e inútiles con que la intelectualidad de los científicos había cubierto su piel morena... ¡Nuevos y esplendentes horizontes en el amanecer que siguió a una larga, lóbrega noche!...

Mas no todo era euforia. Presiones internas y externas se conjuraban para que los principios esenciales de la Constitución de 17 fueran emasculados, ya que, así como en 1810, México es el primer país de nuestro continente que por Decreto de Hidalgo libera a los esclavos, es la nuestra de 1917, la primera constitución del mundo que establece las garantías sociales que protegen a los trabajadores y, además, reivindica los derechos de la Nación sobre las riquezas del subsuelo y norma la tenencia de la tierra para beneficio de la gran familia rural.

En aquellos años, en que el liberalismo sufría la interpretación unilateral de quienes, como individuos, empresas o gobiernos entendían que la libertad era su exclusivo patrimonio y la negaban a hombres y naciones según su arbitrio, el contenido redentorista

65
de nuestra Constitución era un peligroso ejemplo contra lo que se consideraba un orden mundial, política y económicamente sagrado.

Y correspondió a Obregón conjurar la maniobra que amenazaba toda la nueva arquitectura jurídica y social a tanto costo levantada, y estabilizar, con visión de estadista, las relaciones exteriores sin mengua de las realizaciones revolucionarias.

El nacer del México nuevo... ¡Es un ayer tan cercano! Casi es hoy mismo, porque sigue naciendo...

Entonces, cuántos titubeos, cuántas experiencias fallidas, cuántas escisiones estériles. Mas todo en la ebullición creadora de nuevos estilos de política y nuevos métodos de gobierno.

Nada del derrumbe de la administración de Díaz era aprovechable. Había que improvisar y organizar saliendo al paso de los acontecimientos.

Los periódicos de aquellos tiempos dan la crónica viva de esa etapa, en que los sueños ante las fogatas de los vivacs tocaban las fronteras de la frustración al confrontar magnas realidades sociales y económicas hundidas en ciénagas de décadas y siglos, bajo las cuales yacía el espíritu constructor del pueblo mismo, que apenas había templado por primera vez sus fuerzas, desde el aniquilamiento de la Conquista, con el

triunfo de las armas de la República que culminó en un cuadro de ejecución en el Cerro de las Campanas.

:: :: ::

Para muchos de mi generación, equidistantes de los agrupamientos militares y partidistas de la Revolución en armas, no hay problema de balance de personalidades.

Aprendimos a aceptarlas en sus méritos por cuanto de positivo hay en ellas, sin el pecado de la idealización, y a explicarnos, dentro de la mecánica misma de los acontecimientos, sus virtudes y defectos, sus aciertos y equivocaciones.

Aprendimos también que la Revolución Mexicana no es, ni será nunca, una pluralidad de intereses, sino un solo interés, el de nuestro pueblo, y que, quienes por codicia de poder o resentimientos personales, han tratado de desviarla o fragmentarla, aunque hayan militado en la Revolución, jamás han sido revolucionarios.

Y aprendimos que la Revolución Mexicana, por los principios que norman su dinámica de acción, por las instituciones que ha creado, como síntesis que es del pensamiento y de la voluntad populares; como instrumento para salvaguardar la integridad de la Patria.

66
y vigorizar la independencia económica y la justicia social instituida por ella a través del sindicato y el ejido, no recibirá, como no ha recibido, lesión alguna, por parte de quienes la niegan o la traicionan, mientras el pueblo de México la quiera y crea en ella.

:: :: ::

Ahora, pasados los años, cuando la República es un inmenso taller y un gigantesco campo de cultivo, podemos advertir, desde la perspectiva del tiempo, que si la Revolución fue hecha con el valor personal de los que a ella se consagraron, sus enemigos, en cambio, para no arriesgar nada, utilizaron mercenarios, renegados y débiles mentales; y advertimos cómo, luego de vencidos en la lucha, han utilizado, maculándolos, dos nobles instrumentos de cultura, la imprenta y la escuela, y cómo, además, han empleado el arma sutil del análisis sofístico, la interpretación distorsionada, la caricatura gráfica y verbal que llega a tocar los límites de lo abyecto, para desbaratar, ya no uno de los más hermosos capítulos de nuestra historia, sino de todas las historias políticas de todo el mundo contemporáneo.

Día a día, a pesar de quienes así proceden, México se integra con más altos perfiles, y más vigorosos alien-tos. Sin embargo, hemos de permanecer alerta.

El día de mañana, como hoy, nuestra bandera ondeará a media asta. La Nación recuerda la muerte del Benemérito de las Américas. Las dos fechas se hermanan en un mismo luto.

De él, de Juárez, el centinela del pensamiento liberal mexicano, es esta frase que debe permanecer presente, hoy y siempre, para todos los que trabajan por el progreso espiritual y material de México, porque es eternamente válida.

El restaurador de la República dijo en un manifiesto, a su vuelta a la capital, luego de aniquilado el Imperio:

“Debemos felicitar a la Nación, porque después de un largo período de encarnizada lucha para establecer nuestras libres instituciones y afirmar nuestra independencia, podamos ya consagrarnos tranquilamente a la reorganización y mejoramiento de nuestra sociedad.

Sin embargo —advierte el Benemérito—, no debemos confiar ciegamente en que esas instituciones y la paz están del todo aseguradas: existen aún latentes los elementos que las pueden destruir; los partidarios del retroceso y de los abusos acechan la oportunidad para restablecer su antiguo predominio y es preciso

redoblar nuestros trabajos y nuestra vigilancia, para contrariar y destruir sus tendencias antipatrióticas”.

En paralelo con esta frase de Juárez, entre el enorme legado de Obregón podemos escoger dos lecciones:

Al concluir su mandato como Presidente de la República, al despedirse del Cuerpo Diplomático, explica a los representantes extranjeros por qué la solución de los problemas de un mundo sangrante después de la Primera Gran Guerra, radica en la aplicación de las fórmulas de justicia social de nuestra Revolución. Los acontecimientos han demostrado cuán exacta fue su serena y oportuna advertencia, ya que la Carta de las Naciones Unidas, el documento internacional más importante de nuestra época, en las prescripciones más humanas que contiene, coincide con las ideas que abanderan nuestro movimiento de reforma social.

La segunda lección está implícita en el sacrificio de aquel a quien estamos rindiendo homenaje. Ella muestra que el crimen político es estéril, porque las ideas jamás pueden ser asesinadas.

:: :: ::

Hoy, en nuestros días, el mundo se encuentra en crisis por la pugna doctrinal y militar de las potencias,

pugna que al estallar con la utilización de las armas atómicas, hundiría a la Humanidad en los abismos de otra Edad Media. Ante perspectiva tan sombría, nuestros ojos se vuelven hacia las generaciones de mexicanos que habrán de substituirnos.

A los jóvenes corresponde proteger la supervivencia de la Nación, igual que lo hicieron aquellos, que siendo niños sucumbieron en Chapultepec, alcanzando el grado supremo del heroísmo.

Mas la supervivencia que anhelamos no requiere holocaustos de sangre, sino esfuerzo tenaz y creador en los laboratorios, en las fábricas y en los campos, en la ciencia y en la técnica; esfuerzo tenaz y creador del saber y del trabajo, hecho no sólo con la inteligencia, porque falto de generosidad sería estéril, sino con el corazón, para lograr lo que Obregón señaló en uno de sus últimos discursos como gran tarea del futuro:

“Proseguir la obra de los revolucionarios desaparecidos, buscar el bienestar que ellos anhelaron para la colectividad, buscar un mayor reajuste social entre las diversas clases que integran la familia mexicana”.

Si quienes habrán de substituirnos, así lo hicieren, seguirán la recta trayectoria de los creadores de la In-

68
dependencia y de la Reforma, la trayectoria de los realizadores de la Revolución ayer y hoy.

Y es ésta la única consigna, la suprema consigna de México para que la Patria sobreviva; para que no la hieran de muerte si en otras latitudes persisten en el error de destruirse los unos a los otros:

“Proseguir —como dijo Obregón—, la obra de los revolucionarios desaparecidos”.

México, D. F., a 17 de julio de 1956.

